
Conociendo
al Dios de
la Biblia





Conociendo al Dios de la Biblia



Esta publicación no es para la venta. Es un material educativo gratuito producido por la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial.

© 2017 Iglesia de Dios, una Asociación Mundial
Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la
versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Autor: David Treybig

Equipo de revisión: Peter Hawkins, Jack Hendren, Don Henson, Harold Rhodes, Paul Suckling

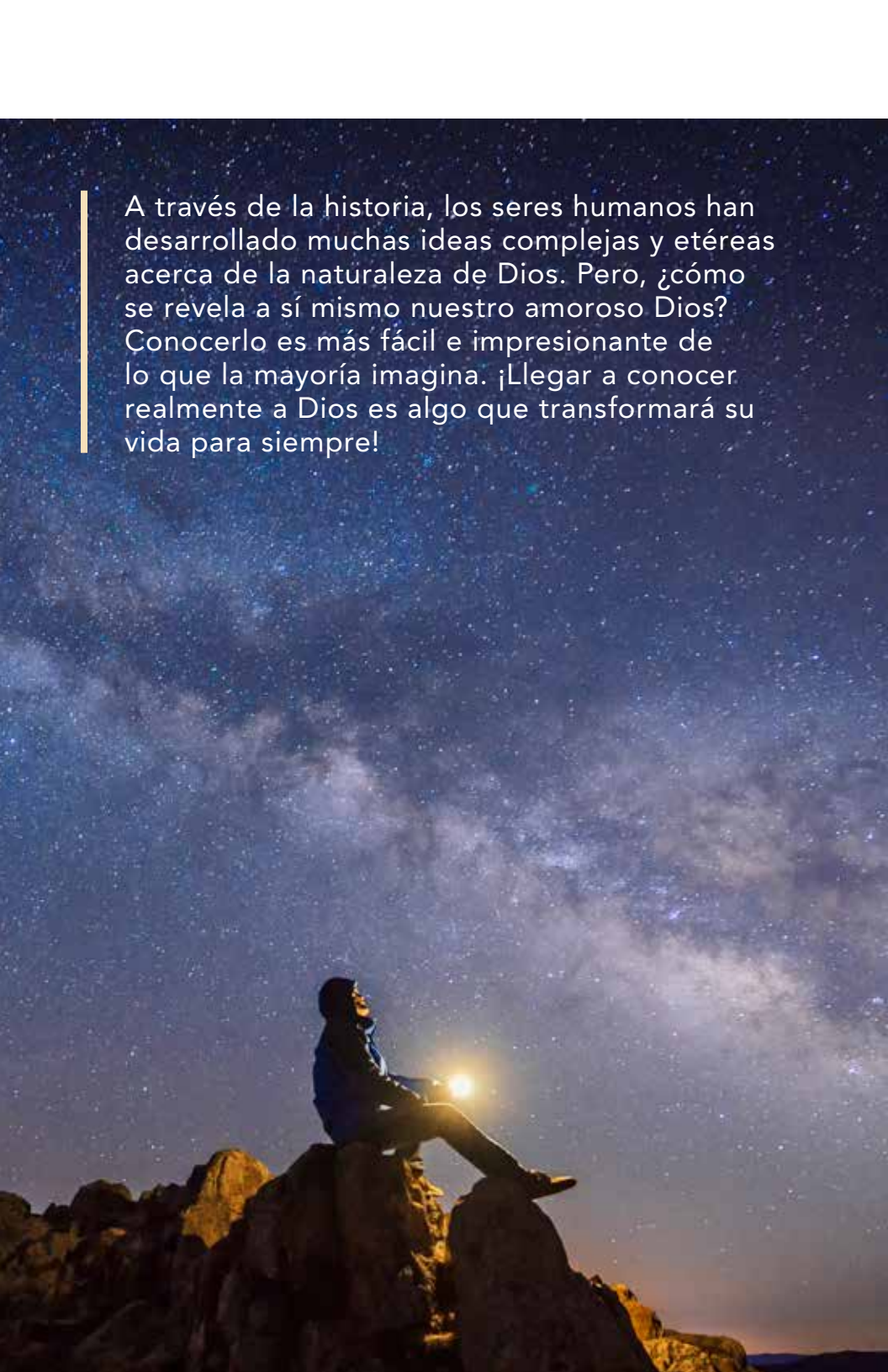
Revisiones editoriales: Mike Bennett, Clyde Kilough

Comité doctrinal: John Foster, Bruce Gore, Don Henson, David Johnson, Ralph Levy

Diseño: Elizabeth Glasgow

CONTENIDO

6	Introducción
8	Capítulo 1 Dios en el Antiguo Testamento
11	Recuadro La Biblia: única fuente confiable para conocer a Dios
16	Recuadro El uso de "uno" como grupo unificado en el Nuevo Testamento
19	Capítulo 2 Lo que Jesús y el Nuevo Testamento nos revelan acerca de Dios
24	Recuadro Nombres de Dios
28	Recuadro El orden de Melquisedec
34	Recuadro Cuando Jesús murió, ¿se fue su espíritu al cielo?
41	Capítulo 3 ¿Qué es el Espíritu Santo?
54	Capítulo 4 El propósito de Dios para la humanidad

A person is sitting on a large rock in the foreground, looking up at a vast, starry night sky. The Milky Way galaxy is visible, stretching across the sky. The person is silhouetted against the bright light of a star or planet. The overall scene is serene and contemplative.

A través de la historia, los seres humanos han desarrollado muchas ideas complejas y etéreas acerca de la naturaleza de Dios. Pero, ¿cómo se revela a sí mismo nuestro amoroso Dios? Conocerlo es más fácil e impresionante de lo que la mayoría imagina. ¡Llegar a conocer realmente a Dios es algo que transformará su vida para siempre!



¿Podemos los seres humanos llegar a conocer a Dios? ¿Es Dios tan lejano y misterioso que jamás podríamos comprenderlo? ¿Quiere nuestro Creador tener una relación cercana y personal con nosotros? ¿Se revela Dios a sí mismo claramente en las páginas de la Biblia?

Nuestro mundo está lleno de dioses e ideas acerca de Dios, la mayoría incongruentes o ininteligibles.

Una de las creencias más populares del cristianismo moderno, por ejemplo, es el misterio de la Trinidad —la idea de que Dios es uno pero en tres personas distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Muchos aceptan esta teoría como la doctrina definitoria de la ortodoxia, sin estudiar su origen.

En realidad, la palabra *trinidad* no aparece en ninguna parte de la Biblia, y a menudo cuando alguien pregunta acerca de este dogma, se le dice que los seres humanos no podemos comprender a Dios del todo, que la doctrina es “un misterio más allá de la comprensión del hombre” y que, por lo tanto, simplemente debe aceptarse en fe (James R. White, *The Forgotten Trinity* [La Trinidad olvidada], p. 173).

Pero, ¿es así como un Dios amoroso trataría a su creación? ¿Esconde Dios su naturaleza y su plan de nosotros?

Aunque sí hay algunas cosas “secretas” acerca de Dios (Deuteronomio 29:29), Jesús mismo dijo que había venido a la Tierra para “revelar” al Padre (Mateo 11:27; Lucas 10:22). De hecho, en cierta ocasión les explicó a sus discípulos: “a



vosotros os es dado saber los *misterios* del reino de los cielos” (Mateo 13:11, énfasis añadido).

En este folleto estudiaremos lo que la Biblia revela acerca de Dios, incluyendo las palabras de Jesús. A medida que avancemos, recuerde que la Biblia es la única fuente de conocimiento sobre este tema que Dios mismo avala (Juan 17:17; 2 Timoteo 3:16). Y como descubrirá, las enseñanzas bíblicas son muy diferentes de las ideas humanas confusas que existen actualmente. (Vea el recuadro: “La Biblia: única fuente confiable para conocer a Dios” para más información.)

Pero, ¿cuál es la diferencia? ¿Por qué es tan importante conocer a Dios?

El libro de Hebreos nos dice que “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6).

En otras palabras, tener fe implica creer que Dios existe y que tiene planes para quienes se esfuerzan diligentemente por conocerlo. Pero sería muy difícil tener esta clase de fe sin entender aunque sea un poco quién es Dios y cómo planea bendecirnos.

¿Le gustaría saber cómo describe Dios su propia naturaleza y su propósito para el ser humano?

Si es así, siga leyendo este fascinante estudio que le ayudará a comprender mejor a su Creador y la razón de su propia existencia.



Capítulo 1

Dios en el Antiguo Testamento

Muchos pasajes del Antiguo Testamento describen a Dios como un ser singular. Por ejemplo, cuando dio los Diez Mandamientos, Dios dijo: “No tendrás dioses ajenos delante de *mi*” (Éxodo 20:3, énfasis añadido), y su pueblo comprendió que Él era el único Dios.

En Salmos 86:10, el rey David oró diciendo: “tú eres grande, y hacedor de maravillas; *sólo* tú eres Dios” (énfasis añadido); y en Isaías 37:16, el profeta escribió: “Eterno de los ejércitos, Dios de Israel, que moras entre los querubines, *sólo* tú eres Dios de todos los reinos de la tierra; tú hiciste los cielos y la tierra” (énfasis añadido; compare con el versículo 20). En otros pasajes, Isaías además se refirió a Dios como el “Fuerte” o “Santo de Israel” (Isaías 30:29; 47:4; 54:5).

Con estos enunciados, David e Isaías estaban siguiendo la enseñanza de Moisés para el antiguo Israel: “Aprende pues, hoy, y reflexiona en tu corazón que el Eterno es Dios arriba en el cielo y abajo en la tierra, y *no hay otro*” (Deuteronomio 4:39, énfasis añadido).

Y dos capítulos más adelante, la singularidad de Dios se reitera en Deuteronomio 6:4, donde leemos: “Oye, Israel: el Eterno nuestro Dios, el Eterno *uno es*” (énfasis añadido). Este pasaje es tan importante para los judíos que lo hicieron parte de sus oraciones matutinas con el nombre de *Shema Yisrael*, u “Oye, Israel”.

Jesucristo mismo confirmó la importancia de este versículo diciendo en Marcos 12:29: “El primer mandamiento de todos es: *Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es*” (énfasis añadido). Entonces, el concepto es definitivamente cierto: Dios es *uno*.

¿Qué implica todo esto? ¿Qué significa que Dios sea *uno*?

Según los judíos, Deuteronomio 6:4 es prueba de que existe sólo *un* ser divino. El judaísmo, por lo tanto, se describe como una religión monoteísta —una religión que cree en que Dios es uno en número y no hay otro Dios fuera de Él.

¿Qué hay entonces de los demás pasajes del Antiguo Testamento que describen a Dios como más de un ser —como una pluralidad?

La pluralidad de Dios durante la creación de la Tierra

La primera vez que la palabra *Dios* aparece en la Biblia es en la primera frase del primero de los libros: el libro de Génesis. El versículo dice: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).

No es de sorprenderse que la Biblia —un libro inspirado por Dios— comience refiriéndose a lo que Dios hizo cuando creó la Tierra. Pero lo que sí es sorprendente, y lo que muchos ignoran al leer ese pasaje en cualquier idioma que no sea hebreo, es que la palabra traducida aquí como “Dios” es *Elohim*, cuya terminación es plural.

Elohim aparece más de 2.300 veces en el Antiguo Testamento (traducida como “Dios”). Muchos desconocen que se trata de una palabra plural, pero como dice el *Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon* [Lexicón hebreo-inglés de Brown, Driver y Briggs], su definición es: “pl. en número. A. Gobernantes, jueces... representantes divinos... B. Divinos, seres sobrehumanos, incluyendo a Dios y los ángeles”. Vale decir, sin embargo, que si bien la terminación de *Elohim* es plural, el término a menudo se utiliza en su sentido singular. El mismo diccionario de hecho también describe esta palabra como un “plural intensivo —[de] significado singular”.

No obstante, si Dios hubiera querido que los escritores del Antiguo Testamento lo identificaran como un ser singular, bien podría haberlos inspirado a usar el término *Eloah* —singular de *Elohim*— en lugar de su versión plural.

Entonces, en la primera mención de Dios —*Elohim*— en el libro de los orígenes nos presenta un desafío: ¿cómo se supone que entendamos a Dios desde una perspectiva singular y plural a la vez?

La pluralidad de Dios durante la creación del hombre

El concepto de Dios como pluralidad se repite en Génesis 1 durante la creación del hombre. “Entonces dijo Dios [*Elohim*]: *Hagamos* al hombre a *nuestra* imagen, conforme a *nuestra* semejanza” (v. 26, énfasis añadido).

En este pasaje, *Elohim* utiliza los pronombres plurales “nosotros” y “nuestra”.

La Biblia: única fuente confiable para conocer a Dios

Cuando buscamos información acerca de Dios, es fácil toparnos con muchas fuentes y opiniones diversas. Sin embargo, una de esas fuentes sobrepasa ampliamente a todas las demás y es el libro en el cual se basa el cristianismo.

La Biblia es un libro definitivamente único. Escrito por cerca de 40 autores diferentes a lo largo de aproximadamente 1,500 años, es absolutamente congruente en su mensaje y perspectiva de principio a fin —algo que sería simplemente imposible de lograr para los seres humanos.

Con mucha anticipación, la Biblia ha predicho la aparición de grandes imperios, los resultados de guerras futuras, los cautiverios de ciertos pueblos y su duración, los nombres y acciones de personas que aún no habían nacido y muchos detalles acerca de Jesús que se cumplieron al pie de la letra.

Si bien algunas personas dudan de la autenticidad de la Biblia, la evidencia arqueológica avala la infalible certeza de este libro tal como fue escrito originalmente. Sencillamente, no hay otro libro con tales credenciales: tanto la profecía cumplida, como la arqueología y las bendiciones que se obtienen al seguir sus instrucciones, confirman que la Biblia es una obra sobrehumana. De hecho, otros escritos han intentado imitarla y hacerse pasar por anexos de este maravilloso libro, pero no cumplen con sus estándares o credibilidad.

Sólo la Biblia pasa la prueba de autenticidad como fuente confiable para conocer a Dios. Y una vez que aceptamos esta premisa, podemos comenzar a entender quién es Dios realmente. Veamos algunas de las razones por las que deberíamos buscar en la Biblia el conocimiento de Dios:

- Dios inspiró todo lo que la Biblia dice (2 Timoteo 3:16).
- Dios no puede mentir (Tito 1:2).
- Cristo confirmó que la Palabra de Dios (la Biblia) es verdad (Juan 17:17).
- Toda la Biblia es cierta (Salmos 119:160).

Para más detalles acerca de la veracidad de la Biblia, consulte los artículos de la sección "**¿Es la Biblia veraz?**" en nuestro sitio web.

¿Por qué? ¿Estaba Dios hablándose a sí mismo o usando el “plural de majestad”, como algunos sugieren —una forma de hablar en la que los gobernantes se refieren a sí mismos en plural?

Comentando acerca de la palabra “hagamos” (Génesis 1:26), Albert Barnes dice: “La forma plural de la oración plantea una pregunta: ¿con quién estaba hablando Dios? ¿Hablaba consigo mismo y simplemente utilizó el plural de majestad? Ésa no era una práctica común de los monarcas en el antiguo Oriente.

“Faraón dijo: ‘Yo he tenido un sueño’ (Génesis 41:15). Nabucodonosor: ‘He tenido un sueño’ (Daniel 2:3). Darío el Medo: ‘De parte mía es puesta esta ordenanza’ (Daniel 6:26)... Por lo tanto, no hay argumentos para transferir el plural de majestad al estilo del Rey celestial.

“¿Estaba hablando Dios con otros seres inteligentes que existieron antes del hombre? Esta suposición también es inadmisibles. Primero, porque la expresión ‘hagamos’ es una invitación a crear, un atributo exclusivo del Eterno; y segundo, porque cuando las frases ‘nuestra imagen, nuestra semejanza’ se transforman a la tercera persona en el mismo relato, pasan a ser ‘su imagen, la imagen de Dios’. Esto limita los pronombres a Dios mismo... Sólo una pluralidad de personas podría justificar la frase” (*Notes on the Bible* [Notas de la Biblia], Génesis 1:26-27).

Para ser realmente fieles al texto, también debemos notar la facilidad con que se pasa de usar pronombres plurales (Génesis 1:26) a usar un pronombre singular en el versículo siguiente: “Y creó Dios [*Elohim*] al hombre a su imagen” (v. 27, énfasis añadido). Aquí tenemos un ejemplo de pronombre singular (*su*) utilizado en conexión con el plural intensivo *Elohim*.

Entonces, ¿cómo deberíamos entender este cambio entre pronombres singulares y plurales? ¿Es Dios un ser plural o un ser singular? La Biblia nos da la respuesta; pero es una respuesta diferente a la que la mayoría enseña. Antes de descubrirla, veamos algunos ejemplos más de la pluralidad de Dios en el Antiguo Testamento.

La pluralidad de Dios en el jardín de Edén

Génesis 3 relata la trágica decisión de Adán y Eva de desobedecer a Dios comiendo del fruto prohibido. Más adelante volveremos a las ramificaciones de esta fatídica decisión, pero por ahora concentrémonos en la consecuencia inmediata de su desobediencia.

“Y dijo el Eterno Dios: He aquí el hombre es como uno de *nosotros*, sabiendo el bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol

de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó el Eterno del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado” (vv. 22-23, énfasis añadido).

Una vez más, vemos el uso de un pronombre plural, *nosotros*, acompañado del sustantivo “Dios” (*Elohim*). Y en el versículo siguiente volvemos a encontrar un cambio hacia la forma singular: “*Echó*, pues, fuera al hombre, y *puso* al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvió por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida” (v. 24, énfasis añadido).

La pluralidad de Dios en un salmo mesiánico

El Antiguo Testamento además contiene numerosas profecías acerca de la venida de Jesucristo, el Mesías prometido. Una de ellas se encuentra en Salmos 45:6-7, donde leemos: “Tu trono, oh Dios [*Elohim*], es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios [*Elohim*], el Dios [*Elohim*] tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”.

Estos pasajes claramente se refieren a dos seres diferentes, ambos identificados como *Elohim*. Más adelante, Hebreos 1:8-9 confirma que ésta es una profecía acerca del Mesías, conectándola con Jesús, el Hijo de Dios.

El rey David reconoce la pluralidad de Dios

Tal como el salmo anterior, el salmo 110:1 identifica a dos seres dentro de la Divinidad. David ahí escribe: “el Eterno [*YHWH*] dijo a mi Señor [*Adon*]: siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”.

Este pasaje revela dos nuevos nombres de Dios. El primero, *YHWH* o *Yahweh*, “es [según los judíos] el nombre impronunciable de Dios. Nunca se le da a un ser creado. La otra palabra, traducida como ‘Señor’... *Adonay*, se refiere a alguien que gobierna o tiene autoridad, alguien de alto rango, alguien con dominio” (Barnes’ *Notes on the Bible* [Notas de la Biblia de Barnes], Salmos 110:1). Dado que ‘mi Señor’ se refiere a alguien de mayor rango que el rey David, es claro que la frase habla del futuro Mesías.

El judaísmo, sin embargo, niega o ignora esta explicación de Salmos 110:1. Un rabí dice que *Adon* simplemente se refiere a otro ser humano, y que David seguramente escribió este salmo acerca de sí mismo para ser cantado después de su muerte (*outreachjudaism.org*). Pero esta explicación no concuerda con la afirmación de David de que su “Señor [*Adon*]” se sentaría a la diestra de Dios (v. 1) y es “sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (v. 4). Como sabemos, el rey David murió y ahora permanece en su tumba.

También es interesante que Salmos 110:1 es uno de los versículos del Antiguo Testamento más citados en el Nuevo. De hecho, Cristo usó este pasaje para referirse a sí mismo en cierta ocasión que les preguntó a los fariseos: “¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David. Él les dijo:… Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo?” (Mateo 22:42-45). Y en el Día de Pentecostés, posterior a la muerte y resurrección de Jesús, Pedro también citó este pasaje refiriéndose a Jesús (Hechos 2:34-36).

Si unimos estas escrituras del Nuevo Testamento con Salmos 110:1, podemos ver que quien vendría como descendiente de David ya existía desde antes como Señor de David y estaba sujeto a Dios el Padre. Jesús fue Señor y Cristo —Dios y el Ungido.

Referencias a la pluralidad de Dios en el libro de Daniel

El libro de Daniel es sin duda uno de los más proféticos del Antiguo Testamento. Con sus bestias simbólicas, estilo de escritura y constante mención de ángeles, Daniel anuncia y complementa el libro de Apocalipsis del Nuevo Testamento.

El capítulo 7, por ejemplo, registra un sueño profético de Daniel donde se describe una serie de grandes imperios que existirían antes de que el “Anciano de días” se sentase (v. 9). La visión del profeta acerca del Padre sentado en su trono, servido por miles de ángeles mientras gobierna la creación (v. 10) es muy similar a la visión de Juan registrada en Apocalipsis capítulos 4 y 5.

Más adelante, Daniel llega al momento en que “Habían también quitado a las... bestias [que representaban gobiernos humanos] su dominio”, porque “con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre” (Daniel 7:12-13).

En los versículos 13 y 14, el profeta explica que “uno como un hijo de hombre... vino hasta el Anciano de días... Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido”.

La frase “uno como un hijo de hombre” de esta profecía se refiere a Jesucristo regresando del cielo para gobernar la Tierra. Al comentar acerca de la importancia de este nombre, Albert Barnes afirma que “La frase ‘uno como un hijo de hombre’ no aparece en ninguna otra parte del Antiguo Testamento con la conexión y referencia que tiene aquí, aunque se encuentra frecuentemente en el Nuevo Testamento y, de hecho, es el término preferido del Salvador para referirse a sí mismo” (*Notes on the Bible* [Notas de la Biblia], Daniel 7:13).

(Cabe mencionar que la frase *hijo de hombre* aparece más de 90 veces en el libro

de Ezequiel, en referencia a Ezequiel. Pero en Daniel 7:13, *hijo de hombre* claramente alude al Mesías.)

También es interesante que Daniel 3:25 describe como *hijo de los dioses* al ser que estuvo con Sadrac, Mesac y Abed-nego en el horno de fuego.

Entonces, hemos visto varias referencias a la pluralidad de Dios en el Antiguo Testamento. Ahora volvamos al concepto de cómo Dios es uno.

Dios es uno

Como vimos anteriormente, Deuteronomio 6:4 dice: “Oye, Israel: el Eterno nuestro Dios, el Eterno uno es”. Los judíos entienden este versículo como prueba de que Dios es uno en número, pero analicemos con más detalle lo que esto significa realmente.

Primero, debemos reconocer que en el Nuevo Testamento Pablo también dice que hay un solo Dios. En su carta a los corintios, el apóstol escribe: “no hay más que un Dios” (1 Corintios 8:4); y a Timoteo le dijo: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5).

Estas afirmaciones se basan simplemente en lo que Jesucristo había dicho antes: “Yo y el Padre *uno* somos” (Juan 10:30, énfasis añadido). Por lo tanto, vemos que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento concuerdan con la idea de que Dios es uno.

Pero ¿qué quiere decir la Biblia con que Dios es *uno*? La falta de entendimiento acerca del uso de la palabra “uno” en las Escrituras ha causado mucha confusión. Y dado que la Biblia también avala la pluralidad de Dios, necesitamos encontrar una explicación de su singularidad que armonice con esta otra idea.

La palabra hebrea traducida como “uno” en Deuteronomio 6:4 (y en más de 800 escrituras del Antiguo Testamento) es *echad*, la cual tiene muchos significados. Algunas de sus definiciones aparte de “uno” en número son: “uno y el mismo”, “como un hombre, juntos”, “cada, todos”, “uno después del otro” y “primero [en secuencia o importancia]” (*Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* [Lexicón hebreo-inglés del Antiguo Testamento de Brown, Driver y Briggs], p. 25).

Cuando una palabra puede tener varios significados, es necesario tener en cuenta su contexto y armonía con el resto de la Biblia para determinar cómo debemos entenderla. Deuteronomio 6:4 pertenece a un pasaje en el que Moisés estaba explicando la importancia de seguir a Dios fielmente y evitar la adora-

El uso de "uno" como grupo unificado en el Nuevo Testamento

Tal como en el Antiguo Testamento, muchas escrituras del Nuevo utilizan la palabra *uno* con el significado de "unidad", a menudo refiriéndose a la Iglesia o a Dios.

En su carta a la Iglesia en Galacia, Pablo dice: "Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois *uno* en Cristo Jesús" (Gálatas 3:28, énfasis añadido). Aunque la Iglesia se compone de muchas personas, es sólo una en Jesucristo. Todos los miembros se reúnen como un solo cuerpo — el Cuerpo de Cristo— para la Pascua, los sábados semanales y las otras fiestas de Dios.

También en su carta a los corintios, Pablo explica: "Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo... Además, el cuerpo no es *un* solo miembro, sino muchos" (1 Corintios 12:12, 14, énfasis añadido). Aquí Pablo estaba explicando que, si bien los miembros de la Iglesia son individuos diferentes y con diferentes dones, todos son uno de la misma manera que un cuerpo humano tiene muchos miembros pero es un solo cuerpo (vv. 12-27).

En este sentido, sucede lo mismo con la Divinidad: existe un solo Dios, pero actualmente hay dos miembros espirituales dentro de esa "unidad". Estos dos miembros, aunque son seres independientes, están completamente unidos en mente y perspectiva. Precisamente a eso se refería Jesucristo cuando dijo: "Yo y el Padre uno somos" (Juan 10:30).

La unidad que tienen el Padre y su Hijo es la unidad que Cristo desea para los miembros de su Iglesia. Pocas horas antes de su crucifixión, Jesús le pidió al Padre por quienes serían llamados a través de sus discípulos, diciendo: "que todos sean *uno*; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17:21, énfasis añadido).

Este profundo versículo nos enseña que, así como la Iglesia es una unidad compuesta por varios individuos, Dios es una unidad. La Biblia revela que la "unidad Dios" se compone actualmente de dos seres espirituales.

ción a los dioses de las naciones vecinas. En el versículo siguiente, el autor de hecho recalca: “amarás al Eterno tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:5).

Basándonos en este contexto, todo parece indicar que las palabras de Moisés apuntaban al hecho de que Dios era su Dios, Dios debía ser su mayor prioridad, y Dios era el único Dios (es decir, que no había otros dioses).

Ahora, si aún quisiéramos entender *echad* desde el punto de vista del número de seres en la Divinidad —algo que parece no encajar con el contexto de Deuteronomio 6:4— tendríamos que ampliar nuestra perspectiva para ver cómo la Biblia trata el concepto de unidad más allá de simplemente ser uno en número.

En Génesis 2:24, por ejemplo, Dios explica la institución del matrimonio diciendo: “dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una [*echad*] sola carne”. Dos seres humanos separados se unen para formar una familia; y al procrear, el hombre y la mujer (dos seres) se unen como un solo cuerpo para producir una nueva vida.

Muchas otras escrituras del Antiguo Testamento también utilizan *echad* con el significado de unidad entre dos o más personas. En Éxodo 24:3, los israelitas le respondieron a Moisés “a una [*echad*] voz”. Durante el tiempo de los jueces, se reunieron “como un [*echad*] solo hombre” para enfrentar a la tribu de Benjamín (Jueces 20:1, 8, 11). Y más tarde, durante la reforma de Nehemías, “se juntó todo el pueblo como un [*echad*] solo hombre en la plaza” (Nehemías 8:1).

Tomando en cuenta estos pasajes, y también el hecho de que muchas escrituras del Antiguo Testamento demuestran la pluralidad de Dios, es claro que para permanecer fieles a la armonía de las Escrituras debemos entender *echad* como una referencia a la Divinidad en el sentido de que Dios es: el *primero* en importancia, el *único* Dios y *una* familia —no uno en número.

Como veremos más adelante, la Biblia habla muy claramente de una familia de Dios. La palabra “familia” es un sustantivo colectivo. Una familia humana puede tener varios miembros (papá, mamá e hijos), pero el grupo familiar es sólo uno. Y los miembros de una familia pueden decir: “*Nosotros* haremos algo”, pero cuando alguien más se refiere a ellos, dice: “Esta familia *hará* [no *harán*] algo”. Por lo tanto, tiene sentido que también los miembros de la familia de Dios usen pronombres plurales cuando se comunican entre sí, pero que se hable del grupo familiar en singular, siendo *uno* solo el grupo.

Antes de concluir esta parte, queda una última aclaración: si en Deuteronomio 6:4 Moisés hubiera querido referirse a Dios en términos de número, sin duda

podría haber usado la palabra hebrea *yachid*, que significa “único, sólo uno, solitario, uno” (*Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* [Lexicón hebreo-inglés del Antiguo Testamento de Brown, Driver y Briggs]). Esta palabra se traduce como “tu hijo, tu único” en Génesis 22:2, 12, 16.

Entonces, hasta aquí hemos visto que el Antiguo Testamento habla tanto de la pluralidad como de la singularidad de Dios. Ahora vayamos al Nuevo Testamento para descubrir más acerca de quiénes forman parte de la familia divina.

Para más detalles acerca de este tema, consulte nuestro artículo de VidaEsperanzayVerdad.org “[Dios es uno](#)”.

Capítulo 2

Lo que Jesús y el
Nuevo Testamento nos
revelan acerca de Dios



Jesús vino a la Tierra para revelar al Padre (Mateo 11:27; Lucas 10:22). Lo hizo instruyendo a sus discípulos y simplemente interactuando con ellos a nivel humano. Jesús era tan igual al Padre que en cierta ocasión dijo: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Juan 14:9).

El apóstol Juan, uno de los discípulos más cercanos de Jesús, aprendió mucho acerca de Dios a través de su interacción con Cristo. De hecho, los libros que llevan su nombre contienen mucha información acerca de la familia divina que no encontramos en el Antiguo Testamento.

Juan, por ejemplo, comenzó su Evangelio diciendo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:1-3).

Y pocos versículos más adelante, agrega: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del *Padre*), lleno de gracia y de verdad... A Dios nadie le vio jamás; el unigénito *Hijo*, que está en el seno del *Padre*, él le ha dado a conocer” (vv. 14, 18, énfasis añadido).

Estos pasajes nos revelan varios conceptos importantes acerca de Dios que no se explican realmente en el Antiguo Testamento, como:

- **El Verbo (quien fue hecho carne) existía desde el principio con Dios.** La frase “con Dios” indica claramente que se trata de dos seres diferentes. Como el teólogo inglés F.F. Bruce comentó acerca del primer versículo de Juan: “El Verbo es *increado*; no sólo disfruta de la compañía divina, sino que además comparte la esencia divina” (*The Message of the New Testament* [El mensaje del Nuevo Testamento], p. 105, énfasis añadido). En otras palabras, tanto Dios el Padre como el Verbo son Dios, y ambos han existido por la eternidad.

- **El Verbo (quien se convirtió en Jesucristo) fue el miembro de la Divinidad a través del cual Dios lo creó todo.** En el Antiguo Testamento leemos que Dios creó los cielos y la Tierra (Génesis 1:1). Pero más adelante, Juan y otros escritores del Nuevo Testamento aclaran que el miembro específico de la Divinidad —o “familia de Dios”— que llevó a cabo esta tarea fue Jesús bajo la dirección del Padre (Colosenses 1:16).
- **La familia divina se compone actualmente de dos seres espirituales: el “Padre” y el “Hijo”.** Juan utiliza estos términos de familia en Juan 1:14, 18, 34, y no cabe duda que los escuchó de Jesús. En Mateo 6:9, Cristo les enseñó a sus discípulos a orar al Padre, y también les dijo que Él era el Hijo de Dios (Lucas 22:70). Estos conceptos de familia (*Padre e Hijo*) armonizan con la impresionante revelación de Efesios 3:15 donde leemos que Dios es una “*familia en los cielos y en la tierra*” (énfasis añadido).

Veamos ahora qué más nos dice la Biblia acerca de los papeles de Dios el Padre y el Verbo —quien se convirtió en Jesús, el Hijo de Dios.

Dios el Padre

Dios el Padre es el ser supremo de la Divinidad. Es eterno y tiene un amor, inteligencia, conocimiento, sabiduría, justicia, poder y autoridad inmensos. Jesús dijo claramente que “el Padre mayor es que yo” (Juan 14:28) y, más tarde, Pablo confirma que hay sólo “un Dios y Padre de todos, *el cual es sobre todos*” (Efesios 4:6, énfasis añadido).

Estos pasajes —y otros como Juan 20:17 y Romanos 15:6— demuestran que el Padre y el Verbo *no* son el mismo ser que simplemente se manifiesta en diferentes personas. No pueden ser el mismo si uno es mayor que el otro y ambos interactúan entre sí. Se trata más bien de dos seres distintos, cada uno con su propio rol en la familia divina.

El Padre creó todas las cosas a través del Verbo (quien luego se convirtió en Jesucristo); y dado que fue el Padre quien autorizó y supervisó con especial cuidado la creación del ser humano, Él es el verdadero Padre de la humanidad —es el responsable de nuestra existencia. Con el conocimiento del Antiguo Testamento, los judíos del primer siglo entendían esto: que Dios era su Padre espiritual (Malaquías 2:10; Juan 8:41), pero la verdad es que no lo conocían realmente.

El papel de *Padre* para referirse a Dios el Padre, llegó a entenderse mejor sólo cuando hizo que María concibiera a Jesús a través del poder del Espíritu Santo, y luego de que su propósito para la humanidad fuera revelado. Lucas 1:35 relata

la forma en que María concibió a Jesús y algo muy importante que le dijo el ángel: “el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”. En este sentido, Dios el Padre es el Padre de Jesucristo, y fue así como Jesús lo llamó durante toda su vida en la Tierra.

Aunque Dios el Padre siempre se ha interesado mucho por su creación, el Antiguo Testamento no nos dice mucho acerca de Él. Por eso era necesario que Cristo lo “revelara” (Mateo 11:27; Lucas 10:22). De hecho, Jesús explicó que “A Dios [el Padre] nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Juan 1:18).

El deseo de Dios el Padre es que todos los seres humanos lleguemos a conocerlo, respetarlo, obedecerlo y acercarnos a Él por medio de su Hijo Jesús (Juan 14:6). El apóstol Juan dice acerca del Verbo (más tarde Jesús) que “a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).

No obstante, aunque la forma de acercarnos al Padre es a través de Jesús, Dios también ha interactuado con la humanidad personalmente. Como dice Hebreos 1:1-2: “Dios [el Padre], habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”. También fue el Padre quien personalmente envió a su Hijo al mundo “para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17, compare con Juan 20:21).

Además, Jesús explicó que para poder convertirnos en hijos de Dios —para ser capaces de entender y responder— los seres humanos necesitamos un llamado especial directamente del Padre. “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”, aclaró Jesús en Juan 6:44 (compare con el versículo 65).

Es Dios el Padre —quien sabe incluso cuando un pajarillo cae al suelo y ama profundamente a la humanidad (Mateo 10:29-31)— quien decide cuándo llamar a alguien.

Al enseñarnos cómo debíamos responderle a Dios, Jesús nos instruyó que debíamos orar al Padre (Mateo 6:9). Podemos estar seguros de que nuestro Padre nos escuchará y atenderá nuestras oraciones, pues la Biblia las describe como incienso —un aroma agradable— para Él (1 Pedro 3:12; Santiago 5:16; Apocalipsis 5:8).

Poco antes de dejar la Tierra y tras haber sido crucificado y resucitado, Jesús además reveló otros dos papeles muy importantes del Padre. El primero tiene que

ver con el Espíritu Santo por el cual los discípulos debían esperar en Jerusalén, y que era “la promesa del Padre, la cual, les dijo [Jesús], oísteis de mí” (Hechos 1:4). El segundo, era determinar cuándo ocurrirían ciertos eventos proféticos en el futuro (vv. 6-7). Como Cristo les había dicho, el Padre era el único que conocía la fecha exacta de su segunda venida a la Tierra (Mateo 24:36).

Todos estos atributos demuestran que Dios trabaja muy de cerca con su creación y que es la cabeza de la familia divina (Efesios 3:14-15). Sus acciones son sin duda paternas. En el capítulo final de este folleto analizaremos más a fondo qué significa el hecho de que Dios sea una familia.

Jesús como Dios

Existen muchas ideas diferentes acerca de Jesucristo. Algunos piensan que fue un ser creado —un gran rabí, un profeta o un ángel. Otros que fue una de las tres “formas” en que el Dios singular se ha aparecido a los hombres. Pero, como hemos comprobado, lo que muchos piensan no siempre es lo que la Biblia realmente dice.

¿Qué dice la Biblia acerca de Jesús?

Vimos anteriormente que Jesucristo vino a la Tierra a revelar al Padre (Mateo 11:27) y que el Verbo (quien se convirtió en Jesús) existe desde la eternidad con el Padre y creó el universo bajo su jurisdicción (Juan 1:1-3).

Ahora, profundicemos un poco más acerca de estos y otros conceptos para entender mejor quién es Jesús.

Jesús fue Dios en la carne

Éste es uno de los puntos más importantes de comprender. Revelar esta verdad casi le costó la vida a Jesús en al menos dos ocasiones previas a su crucifixión, porque los líderes judíos de su época no creían que un ser humano pudiera ser Dios. Veamos cómo relata Juan esta historia.

En una ocasión en que Jesús se encontraba en el templo, los fariseos lo acusaron de mentir acerca de su identidad (Juan 8:13). Aunque Él a menudo decía que Dios era su Padre, los judíos “no entendieron que les hablaba del Padre [Dios]” (v. 27). Luego lo acusaron de haber nacido de fornicación, asumiendo erróneamente que Jesús tenía un padre humano, y aseguraron que Dios era el Padre espiritual de ellos (v. 41).

Entonces Jesús les dijo más claramente: “yo de Dios he salido, y he venido” (v. 42). Pero los fariseos no le creyeron y la acalorada conversación terminó de forma sorprendente.

Nombres de Dios

En la Biblia encontramos muchos nombres de Dios. La primera palabra hebrea traducida como "Dios" en las Escrituras es *Elohim* (Génesis 1:1) y aparece más de 2.600 veces en el Antiguo Testamento. Otro nombre que se usa en esta sección de la Biblia es *El*, que se encuentra en palabras compuestas tales como *El Shaddai* —que significa "Dios todopoderoso" o "Todopoderoso Dios" (Génesis 17:1).

Las cuatro letras hebreas *YHWH* constituyen otro nombre de Dios ampliamente usado en el Antiguo Testamento. Pero, dado que esta palabra no contiene vocales, nadie sabe a ciencia cierta cómo se pronuncia. Los judíos optan por no pronunciarla nunca, considerándola un nombre sagrado de Dios que no debe decirse. Debido a esto, "en el ritual de la sinagoga, [*YHWH*] se reemplazó vocalmente por la palabra hebrea *Adonai* ('Mi Señor'), traducida como *Kyrios* ('Señor') en la Septuaginta —versión griega de las escrituras hebreas" (*Enciclopedia Británica*, "Yahveh").

Cuando Cristo les enseñó a sus discípulos a orar al "Padre nuestro que estás en los cielos", la palabra griega que usó para "Padre" fue *Pater* (Mateo 6:9). En Mateo 22:44, la palabra griega traducida como "Señor" es *Kyrios*; y cuando Jesús le oró a su Padre en arameo justo antes de su muerte, lo llamó *Elí* (Mateo 27:46) o *Eloi* (Marcos 15:34).

Otros nombres de Dios son: "el Eterno, cuyo nombre es Celoso" (Éxodo 34:14) y "el Eterno, cuyo nombre es Dios de los ejércitos" (Amós 5:27).

Estos versículos demuestran que no existe un solo nombre de Dios y no hay una sola forma de llamar a Aquél a quien debemos orar.

Dios escucha las oraciones en todos los idiomas y sus nombres simplemente nos ayudan a entender mejor su carácter. Para más información acerca de los nombres de Dios, consulte los artículos "**Los nombres de Dios**" y "**El nombre sagrado de Dios: ¿existe solamente uno?**".

Jesús continuó: “Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue” (vv. 56-59).

Los judíos se enfurecieron cuando Cristo dijo ser “YO SOY EL QUE SOY”, “el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob”. Ése era el nombre del Dios que se reveló a Moisés en la zarza ardiente y que luego lo utilizó para librar a Israel de Egipto (Éxodo 3:1-15). (En la sección “El papel de Cristo en el Antiguo Testamento”, analizaremos las interacciones previas del Verbo con el pueblo de Dios.)

En otra ocasión, los judíos volvieron a acorralar a Jesús cuando estaba en el templo, demandándole que les revelara su identidad. “¿Hasta cuándo nos turbarás el alma? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente”, le dijeron (Juan 10:24).

Jesús les dijo entonces que las obras que Él hacía en nombre del Padre eran prueba de su identidad (v. 25), y que Él y su Padre eran uno (v. 30).

Pero “los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle... porque [dijeron:] tú, siendo hombre, te haces Dios” (v. 31, 33). Luego, Jesús les citó el Salmo 82:6 —“Vosotros sois dioses [*elohim*], y todos vosotros hijos del Altísimo”— para mostrarles que ya *elohim* era utilizado en el Antiguo Testamento para referirse a los gobernantes humanos, es decir, la propia ley de los judíos permitía que los humanos fueran llamados dioses.

Obviamente, Jesucristo sí era Dios; pero ni aun así los enojados líderes religiosos se convencieron, sino que “Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos” (Juan 10:39).

Aunque muchos pasajes del Antiguo Testamento demuestran o implican la pluralidad de Dios, los líderes judíos del primer siglo no creían que Él pudiera encarnarse en un ser humano. Ya que ésta, sin duda, es una verdad muy sorprendente, es conveniente analizarla más a fondo.

En su carta a los Filipenses, el apóstol Pablo explica que Jesús “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:6-8).

En lugar de aferrarse a sus privilegios divinos, incluyendo su naturaleza espiritual, Jesús los dejó voluntariamente para convertirse en ser humano.

Aunque Cristo aún recordaba todo lo que sucedió antes de convertirse en ser humano (Lucas 10:18; Juan 8:58; 17:5), se transformó por completo en un ser humano y experimentó todas las pruebas y dificultades que enfrentan los hombres. Como dice Hebreos 4:15: “no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”.

Durante sus tres años y medio de entrenamiento con Jesús, los discípulos llegaron a comprender que su Maestro realmente era Dios en la carne. Comprendieron que la profecía según la cual Jesús sería llamado “Emanuel” (“Dios con nosotros”) se había cumplido (Mateo 1:23).

En una ocasión, Jesús se acercó a la barca de sus discípulos caminando sobre el agua en una noche de tormenta. Al verlo, Pedro también salió de la barca y dio unos pasos sobre el agua, hasta que se asustó por la tormenta y comenzó a hundirse. Jesús entonces lo agarró “Y cuando ellos subieron en la barca, se calmó el viento. Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mateo 14:32-33).

En otra ocasión, Jesús les preguntó a sus discípulos quién creían que era Él y “Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16). Incluso Tomás, quien dijo que no creería en la resurrección de Jesús hasta verlo y tocarlo, exclamó: “¡Señor mío, y Dios mío!” cuando vio a su Señor resucitado (Juan 20:28).

Más tarde, Pablo describiría a Cristo como “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Romanos 9:5) y se refiere a Jesús como “nuestro gran Dios y Salvador” (Tito 2:13). Aunque algunos se preguntan si la frase “gran Dios” en ese pasaje no será una referencia a Dios el Padre, el contexto del versículo demuestra claramente que es una referencia a quien se “manifestará”, es decir Jesús (vv. 11-14).

Al comenzar su segunda carta, Pedro además se dirige “a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra” (2 Pedro 1:1). Y en un tono similar, el autor del libro de Hebreos confirma que el Hijo es Dios (Hebreos 1:8).

A fines del primer siglo surgió una corriente herética llamada gnosticismo, y una de sus variantes —el “docetismo”— postulaba que toda la materia era maligna y por lo tanto Jesucristo no podría haber estado compuesto de materia; debía haber sido un espíritu y no un ser humano de carne y hueso. Juan, sin embargo, condenó duramente esta falsa creencia y escribió lo siguiente confirmando la humanidad de Jesús:

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos vuestras manos tocando al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:1-3).

Aquí el apóstol estaba explicando que él y los demás discípulos habían tocado a Jesús e interactuado con Él físicamente como lo hacían entre sí los seres humanos. “La vida eterna, la cual estaba con el Padre” era Cristo. Los apóstoles habían entendido que Jesús tenía vida eterna con el Padre, pero se había despojado de todo para vivir en la Tierra como un ser humano normal. Todos ellos se sentían inmensamente inspirados por haber estado en contacto con una parte de la familia divina.

Al analizar todas estas escrituras, la conclusión obvia es que Jesús era realmente Dios en la carne.

Jesús fue un ser distinto del Padre

Algunas teorías acerca de la naturaleza de Dios postulan erróneamente que Jesucristo y el Padre son el mismo ser. Dios, dicen, es un ser singular que a veces aparece en la forma del Padre y a veces en la forma de Cristo. (La Trinidad enseña que el Espíritu Santo es otra de las formas en que Dios aparece.) Esta idea se ha comparado con la analogía de un actor, que usa diferentes máscaras para cumplir papeles distintos.

Si nos enfocáramos solamente en aquellas escrituras que describen la semejanza entre el Hijo y el Padre en cuanto a carácter, amor por la humanidad y deseo de dar a los seres humanos vida eterna, tal vez estas teorías parecerían plausibles. Después de todo, muchos pasajes de la Biblia hablan acerca de lo unidos que son Cristo y el Padre.

El libro de Hebreos, por ejemplo, dice que Jesucristo es “el resplandor de [la] gloria [de Dios], y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). La palabra griega traducida aquí como *imagen misma*, “no aparece en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. De ella se deriva nuestra palabra ‘carácter’, y su significado exacto es ‘herramienta de grabado’, algo ‘grabado’ o ‘estampado’ —‘un carácter’— como una letra, marca o signo.

“La imagen estampada en una moneda, un sello o cera expresa la idea; y su sentido aquí es que, si Dios fuese representado en forma de una sustancia o un ser,

El orden de Melquisedec

El libro de Hebreos dice que Jesús fue “hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Hebreos 6:20; compare con 5:6). Pero ¿quién es Melquisedec y cuál es su relación con Jesús?

La primera mención de Melquisedec se encuentra en Génesis 14:18-20, cuando Abraham le entrega el diezmo de un botín de guerra —a Él, llamado “rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo”.

Luego, Hebreos 7 nos da más información describiendo a Melquisedec como un ser “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre” (v. 3).

El nombre *Melquisedec* significa “rey de justicia” y *Salem* significa “paz” —ambos títulos pertenecientes exclusivamente a Cristo y no a un ser humano común y corriente. Hebreos 7 está diciendo claramente que Melquisedec era un ser eterno.

Entonces, ¿quién era Melquisedec? Era el miembro de la familia divina que más tarde se convirtió en Jesús. Era el Mediador de la humanidad, cumpliendo su rol de Sumo Sacerdote en tiempos de Abraham; y actualmente es nuestro Mediador.

El hecho de que Melquisedec fuera sacerdote del Dios Altísimo es otra prueba de la pluralidad de Dios.

Para más detalles acerca de esto, consulte nuestro artículo “¿Quién fue **Melquisedec?**” en VidaEsperanzayVerdad.org.

Cristo sería la imagen exacta de esa representación —como lo es una imagen del sello o cuño. La semejanza entre un sello y la figura que imprime es exacta, al igual que la semejanza entre Dios y el Redentor” (*Barnes’ Notes on the Bible* [Notas de la Biblia de Barnes]).

Pablo expresa una idea similar cuando dice que Cristo “es la imagen del Dios invisible” (Colosenses 1:15; compare con 2 Corintios 4:4). “Este pasaje significa que la esencia y la perfección de Dios se representan con absoluta precisión y plenitud en Jesucristo” (*Barnes’ Notes on the Bible* [Notas de la Biblia de Barnes]).

En otras palabras, estos pasajes nos están diciendo que Cristo y el Padre tienen exactamente el mismo carácter. Pero, si Dios realmente fuera un solo ser, ¿por qué la Biblia hablaría de dos? Si Dios fuera un solo ser, ¿no podría simple-

mente habernos revelado su voluntad sin tener que aparecerse en dos formas distintas?

Al analizar otras escrituras acerca de Cristo, encontramos que Él y el Padre tienen roles diferentes que se complementan. Cristo y el Padre son dos seres separados que trabajan en armonía para llevar a cabo un plan acordado por ambos. Por ejemplo, en Hebreos, justo antes de describir a Jesús como la “imagen misma” de Dios, leemos: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Hebreos 1:1-2).

Y luego de decirles a sus discípulos “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”, Jesús agregó: “Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:9-10).

La implicación de estos pasajes es que el Hijo es diferente de Dios el Padre, un ser distinto que hace cosas distintas; y si estudiamos las Escrituras detenidamente, veremos que de hecho hay muchas diferencias entre el Padre y Jesucristo.

En primer lugar, el Hijo es el miembro de la familia divina que se humilló a sí mismo para convertirse en ser humano y morir por los pecados de la humanidad (Filipenses 2:6-7). Luego, estuvo muerto y enterrado durante tres días y tres noches (Mateo 12:40). Al Hijo se le dio la responsabilidad de juzgar al mundo (Juan 5:22, 27), y Él también es quien ahora sirve como nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 3:1).

Cuando estuvo en la Tierra, Jesús le oró al Padre diciendo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Claramente, aquí vemos a un ser inteligente (Jesús) sometándose voluntariamente a otro (el Padre). Jesús no se estaba orando a sí mismo, sino a alguien más. Si Cristo y el Padre fueran el mismo ser, en primer lugar, ¿por qué oraría Jesús?

La Biblia también nos dice que, si bien Cristo comparte la existencia eterna del Padre, el Padre tiene mayor autoridad que Él (1 Corintios 15:27-28; 11:3). Jesús mismo lo confirma en Juan 14:28, cuando dice: “el Padre mayor es que yo”.

La lista de diferencias entre Dios el Padre y el Hijo podría extenderse mucho más, pero por ahora éstas son suficientes para aclarar nuestro punto. ¿Tendría sentido que Dios —quien no puede mentir (Tito 1:2)— se esforzara tanto por mostrar a dos seres en su familia si hubiera sólo uno? ¿Cuál sería el propósito de hacerlo?

La Biblia explica que Jesús tiene el mismo carácter divino que el Padre y está totalmente de acuerdo con Él en darles a los seres humanos vida eterna, si aceptan y hacen “la voluntad” del Padre (Mateo 7:21). Pero la Biblia también muestra claramente que Jesús es un ser distinto que tiene su propia voluntad —es un ser separado del Padre.

El Verbo no fue creado

Otras personas piensan que Jesucristo fue un ser creado, que Dios el Padre lo creó en algún momento antes de que viniera a la Tierra. Pero ésta también es una idea errada que se basa en la mala interpretación de varios versículos.

Una de las teorías es que, antes de nacer como ser humano, Jesús fue un super ángel —el “Ángel del Eterno” del Antiguo Testamento. Algunos pasajes citados para respaldar esta idea son Jueces 6:11-16 y Génesis 16:7-13. Sin embargo, la palabra traducida como “ángel” en estos versículos, *malak*, también puede significar “mensajero, representante” (*Brown-Driver-Briggs Hebrew and English Lexicon* [Diccionario hebreo-inglés de Brown, Driver y Briggs]).

En los relatos de Jueces y Génesis, Aquél que más tarde se convertiría en Jesucristo estaba actuando como un verdadero mensajero o representante de Dios. De hecho, en Malaquías 3:1 *malak* se traduce correctamente como “mensajero” (*Nueva Versión Internacional*) dada la clara referencia a Cristo, el “mensajero del pacto”. Ésta es la traducción correcta de *malak* que debería usarse en lugar de “ángel” cada vez que se habla del Verbo en el Antiguo Testamento.

Otro versículo que causa confusión es Juan 1:14, donde leemos que el Verbo “fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre)”. La palabra griega aquí traducida como “unigénito” es *monogenees*. Esta palabra no significa que Dios el Padre haya literalmente “engendrado” al Verbo en el sentido de dar inicio a su existencia.

Como explica el académico griego Spiros Zodhiates, “*monogenees* es una palabra compuesta por *monos*, ‘solo’, y *genos*, ‘raza, linaje, familia’”. Esto significa que quien vino para revelar a Dios —Jesucristo— pertenecía a la misma familia, el mismo linaje, la misma raza que Dios... Hay bastante evidencia en las Escrituras de que la Deidad es una familia” (*Was Christ God? [¿Fue Cristo Dios?]*, p. 21).

Entonces, Juan 1:14 sólo está diciendo que el Verbo pertenece a la misma familia que Dios el Padre.

Otro pasaje que con frecuencia es malinterpretado es Apocalipsis 3:14, donde leemos que Jesús fue el “principio” (*arche*) de la creación de Dios. Pero aquí el

conflicto se resuelve fácilmente cuando entendemos que *arche* también puede significar “persona o cosa que comienza... aquello por lo que algo comienza a existir” (*Thayer's Greek Definitions* [Definiciones griegas de Thayer]). De hecho, la versión *Reina Valera Actualizada 2015* traduce este término como “*origen de la creación*” (énfasis añadido).

En otras palabras, Apocalipsis 3:14 dice que el Verbo (Jesucristo) fue el originador de la creación de Dios. Él es el ser responsable de que la creación entera exista, y Juan 1:3 lo confirma cuando dice que “Todas las cosas por [el Verbo] fueron hechas”.

Otra escritura confusa es la descripción que Pablo hace de Jesucristo como “el primogénito de toda creación” y “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:15, 18). La explicación aquí es que el apóstol se estaba refiriendo a la posición de preeminencia del Hijo, similar a la que entonces tenían los hijos primogénitos humanos. Además, a través de su resurrección Cristo efectivamente se convirtió en el primero que “nació” de la muerte por una resurrección a la vida espiritual.

Como explica Albert Barnes: “Entre los hebreos y otros pueblos, el primogénito o hijo mayor tenía privilegios especiales. Le correspondía doble porción de herencia... No cabe duda de que aquí el apóstol se refirió a los honores y distinciones usualmente conferidos a los primogénitos para decir que, de entre toda la creación de Dios, Cristo poseía una preeminencia similar a aquella.

“Pablo no estaba diciendo que Cristo fuera similar al primogénito de una familia humana en todo sentido. Tampoco estaba diciendo que fuera un ser creado, ya que el propósito de su comparación no tenía nada que ver con ese tema, y lo que el apóstol dice después es inconsistente con la idea de que este ser fuera un ser creado. Aquél por quien ‘fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra’ claramente no es un ser creado” (*Notes on the Bible* [Notas de la Biblia]).

En cuanto a la frase “el primogénito de entre los muertos”, Jesucristo ciertamente fue el primero en resucitar a vida eterna (compare con 1 Corintios 15:20). Otros, como Lázaro (Juan 12:1), habían sido resucitados previamente a vida física, pero otra vez, el sentido de este versículo tiene que ver con una posición de honor y preeminencia. Como dice Colosenses 1:18: “para que en todo [Jesús] tenga la preeminencia”.

El hecho de que el Verbo siempre ha existido puede comprobarse sin dificultad en varios versículos fáciles de entender. Ya hemos visto la enseñanza de Juan, de que el Verbo “era en el principio con Dios” (Juan 1:2).

Además, el libro de Hebreos revela que Jesús también es sacerdote para siempre “según el orden de Melquisedec” (Hebreos 7:17, 21). El Verbo era el Melquisedec del Antiguo Testamento, a quien se describe como “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida, sino hecho semejante al Hijo de Dios” (Hebreos 7:3). Encontrará más información acerca de esto en el recuadro “El orden de Melquisedec”.

Por otro lado, no existe ninguna escritura en la Biblia que diga que Jesús fue creado, mientras que sí hay escrituras donde se menciona que Cristo era Dios. Hebreos 13:8 revela además que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos”. Juan 1:1-3 explica que fue Cristo quien lo creó todo y nada fue creado sin Él. Colosenses 2:9 añade: “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”.

Para nosotros como seres humanos es difícil comprender el concepto de eternidad. Pero el Verbo (que se convirtió en Jesús) y Dios el Padre han existido desde siempre. En resumen, el Verbo no fue un ser creado. Para más detalles acerca de este tema, consulte nuestro artículo “[¿Fue Jesucristo creado?](#)”, en [VidaEsperanzayVerdad.org](#).

El papel de Cristo en el Antiguo Testamento

Aunque muchos son conscientes de la compasión que Cristo tuvo por la gente en el Nuevo Testamento, pocos entienden que también sintió empatía y fue compasivo en el Antiguo. De hecho, muchas escrituras del Nuevo Testamento revelan que el miembro de la Deidad que interactuó con los seres humanos en los tiempos del Antiguo Testamento fue en realidad el Verbo —quien luego se convirtió en Jesús.

Juan el Bautista, encargado de anunciar la venida del Mesías, obviamente sabía de la preexistencia del Verbo cuando identificó a Jesucristo como “el Cordero de Dios”, quien “era primero que yo” (Juan 1:29-30).

Aunque Juan el Bautista nació aproximadamente seis meses antes que Jesús (Lucas 1:36), reconoció que Jesús existía desde antes que él. En cuanto al papel que el Verbo tuvo en el Antiguo Testamento, ya hemos visto un pasaje muy revelador, donde Cristo afirma: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Juan 8:58).

Con esta breve declaración, Jesús estaba ratificando su preexistencia en el Antiguo Testamento como un miembro de la familia divina. Cristo existió desde antes que el patriarca Abraham, y fue Él quien habló con Moisés en la zarza ardiente para luego utilizarlo en la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto (Éxodo 3:13-17).

La palabra “Jehová” que aparece en Éxodo 3:15 hace referencia a otro nombre de Dios cuyo significado se asemeja al de “YO SOY”. Esta palabra generalmente ha sido utilizada para traducir las consonantes hebreas Y-H-W-H, una secuencia de cuatro letras conocida como el “tetragrámaton” cuya pronunciación permanece incierta, pero muchos la pronuncian como *Yahweh* o *Yahveh*. Tanto *YHWH* como “YO SOY” aluden a la existencia eterna de Dios —precisamente éste era el punto que Jesús quería destacar acerca de sí mismo en Juan 8:58.

Más adelante, Éxodo 13:21 explica que cuando los israelitas salieron de Egipto, “[*YHWH*, o ‘el Eterno’] iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles”. En *Expositor’s Commentary* [Comentario del expositor], Frank E. Gaebelein (editor) dice acerca de este pasaje que “El pilar de nube y fuego era sólo otro nombre para el ‘ángel de Dios’, ya que Éxodo 14:19 y 23:20-23 los iguala... el Cristo del N.T. es la gloria shejiná o el *Yahveh* del A.T.”.

Jesús mismo explicó en varias ocasiones que nadie había visto al Padre ni había escuchado su voz. Juan habla acerca de este punto en cuatro pasajes distintos: Juan 1:18; 5:37; 6:46; y 1 Juan 4:12. Sin embargo, la Biblia también dice que varios de los patriarcas y líderes del Antiguo Testamento vieron a Dios, incluyendo a Abraham (Génesis 18:1), Jacob (Génesis 32:30) y los 70 ancianos de Israel, Moisés, Aarón, Nadab y Abiú (Éxodo 24:9-11). La conclusión obvia es, entonces, que el miembro de la Deidad a quien estas personas vieron fue a aquél que se convirtió en Cristo.

En una de sus cartas a los corintios, Pablo habla también de la actividad de Cristo en el Antiguo Testamento, identificándolo específicamente como la roca que les proveyó de agua a los israelitas en el desierto: “porque bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo” (1 Corintios 10:4).

Pero, si bien fue el Verbo quien generalmente interactuó con el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, esto no significa que Dios el Padre no estuviera involucrado.

Fue el Padre quien autorizó al Verbo para crear todo, y es Él quien decide cuándo llamar a alguien. El Verbo es el representante de Dios y su tarea es llevar a cabo el plan para la humanidad que ambos acordaron “desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34; Juan 17:24; Apocalipsis 13:8). Es claro que el Verbo trabajó muy de cerca con el pueblo de Dios tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Y, obviamente, sigue trabajando de cerca con su pueblo en la actualidad.

Cuando Jesús murió, ¿se fue su espíritu al cielo?

Hoy en día existe la creencia de que cuando Jesús murió su cuerpo fue sepultado mientras que otra parte de Él se fue inmediatamente al cielo. Dos escrituras citadas para respaldar esta idea se encuentran en Lucas 23.

En la primera de ellas, uno de los ladrones crucificados junto a Cristo le pide que lo recuerde cuando venga en su Reino (v. 42). A esto Jesús le responde: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (v. 43).

Según algunos, estas palabras de Jesús indican que tanto Él como el ladrón se fueron al cielo ese mismo día después de que sus cuerpos murieron. Pero, en realidad, Jesús mismo contradujo esta idea falsa cuando, tres días más tarde y luego de ser resucitado, le dijo a María: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre [quien estaba en el cielo]" (Juan 20:17).

El malentendido que surge de este versículo es producto de la perspectiva o interpretación errada de los traductores. En la versión original de este pasaje —escrita en griego— no existe puntuación y, por lo tanto, fueron los traductores quienes debieron agregar la puntuación necesaria para dar más claridad a los versículos, según su entendimiento.

En la versión actual, Lucas 23:43 dice: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso". Pero hay varios puntos de esta traducción que debemos aclarar. Primero, la palabra "que" no aparece en el texto original. Fue agregada por los traductores con base en su creencia errónea de que nuestra alma se va al cielo cuando morimos. La traducción correcta según el original sería: "De cierto te digo hoy estarás conmigo en el paraíso".

Incluso con esta corrección, algunos traductores agregan dos puntos entre "digo" y "hoy", y queda así: "De cierto te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso". Pero, si los dos puntos se borrarán después de "digo" y se colocaran después de "hoy", el significado del versículo cambiaría drásticamente y estaría en consonancia con el resto de la Biblia. Diría: "De cierto te digo hoy: estarás conmigo en el paraíso". Ese día Cristo le estaba prometiendo al ladrón que él estaría (eventualmente, no de inmediato) con Cristo en el Reino de su Padre.

Para una explicación más detallada de este versículo, consulte "**¿Qué sucedió con el ladrón en la cruz?**". Para más información acerca de cómo los muertos volverán a la vida, consulte: "**Resurrecciones: ¿qué son?**".

La segunda escritura que a menudo causa confusión es Lucas 23:46: "Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró".

Algunos consideran este enunciado como una prueba de que el alma de Cristo siguió con vida y se fue al Padre cuando su cuerpo murió. Pero es importante comprender que cuando Jesús murió, Él murió totalmente. Su muerte no fue parcial, y Él y el Padre no "aparentaron" que Jesús murió. ¿Por qué es esto tan importante? Porque si Jesús no hubiera muerto, la humanidad no tendría un Salvador.

El error de interpretación está en no comprender que el espíritu al cual Cristo se refería no es sinónimo del alma, y el alma tampoco es lo que la mayoría piensa. En su introducción a 1 Juan, William Barclay explica que "Había un *psuche*, generalmente traducido como *alma*, pero debemos tener cuidado porque *psuche* no significa lo que entendemos por alma comúnmente. Para los griegos, el *psuche* era la esencia de la vida. Todo lo que tenía vida física, tenía *psuche*. *Psuche* era esa esencia de vida que el hombre compartía con todos los seres vivos".

Entonces, la palabra alma simplemente se refiere a la vida, y la Biblia dice claramente que el alma no es inmortal. Como explica Ezequiel 18, el alma puede morir (vv. 4, 20). La palabra alma se refiere a la vida física.

Volviendo a nuestro punto, ¿qué era entonces ese espíritu que Cristo le encomendó al Padre? Era lo que la Biblia llama "espíritu en el hombre" o "espíritu del hombre" (Job 32:8; Proverbios 18:14; 1 Corintios 2:11-12) —aquello que diferencia a los humanos de los animales y nos permite comprender conceptos espirituales. Cuando una persona muere, "el polvo [del cual fue hecho el hombre, Génesis 2:7] vuelve a la tierra, como era, y el espíritu [del hombre] vuelve a Dios que lo dio" (Eclesiastés 12:7).

Es decir, nuestro espíritu humano —que Dios nos da y nos permite pensar, razonar y tener habilidades similares a las de Él— regresa a Dios cuando morimos. Pero, otra vez, si bien el espíritu del hombre es un componente importante de los seres humanos, no es una entidad consciente e inmortal que sigue con vida después de nuestra muerte.

Para más información acerca del espíritu en el hombre, consulte nuestro artículo "**¿Qué es el espíritu en el hombre?**" y nuestro video "**El papel del espíritu en el hombre**" en VidaEsperanzayVerdad.org.

Cristo estuvo muerto tres días y tres noches

Cuando Cristo les dijo a los líderes judíos de su época que Él era Dios, trataron de apedrearlo en al menos dos ocasiones. Ellos acosaban continuamente a Jesús pidiéndole una prueba milagrosa de su identidad, hasta que un día, Cristo le dio a un grupo de escribas y fariseos la señal que pedían:

“La generación mala y adúltera demanda señal”, les dijo, “pero señal no le será dada, sino la señal del profeta Jonás. Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (Mateo 12:39-40).

Hoy en día, la mayoría de la humanidad no comprende la importancia de este pasaje —una profunda profecía que se cumplió inmediatamente después de la muerte de Cristo y que desmiente dos enseñanzas fundamentales del cristianismo actual: la inmortalidad del alma y las tradiciones de Semana Santa. Muchas personas simplemente no entienden que Jesucristo en verdad *murió*, y no saben cuánto tiempo permaneció enterrado.

Aunque puede sonar extraño, muchos aceptan teorías erróneas acerca de Dios según las cuales Cristo no murió real o completamente. En cambio, piensan que sólo murió una “parte” de Cristo —solamente su cuerpo, y su alma quedó viva mientras su cuerpo permaneció en la tumba.

Esta teoría se basa en la creencia de que los humanos tenemos almas inmortales que siguen vivas cuando nuestros cuerpos mueren. Pero esta idea del alma inmortal no tiene fundamento en la Biblia y se basa en la mitología pagana. Lo que la Biblia enseña es que los hombres no tienen un alma inmortal. La palabra “alma” simplemente significa vida, y cuando alguien peca su alma muere (Ezequiel 18:4, 20).

Cuando una persona muere, también “perecen sus pensamientos” (Salmos 146:4). Por eso el rey David afirma que “en la muerte no hay memoria de ti; en el Seol, ¿quién te alabará?” (Salmos 6:5). Y cerca de 1.000 años después, Pedro, por inspiración del Espíritu Santo, dijo que incluso David seguía muerto y sepultado (Hechos 2:29). En otras palabras, no existe una entidad consciente que siga con vida después de la muerte.

En el caso de Jesucristo, Él no pecó; pero murió en nuestro lugar para pagar la pena de nuestros pecados. Pablo dice claramente en 1 Corintios 15:3 que “Cristo murió por nuestros pecados”. Su muerte no fue parcial y ninguna parte de Él quedó con vida después. Fue tal que requirió de su resurrección para que Cristo volviera a vivir.

Pablo explica las enormes implicaciones de la resurrección de Cristo: “Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe... y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados” (vv. 13-14, 17). Jesús tuvo que ser resucitado para que volviera a vivir, porque Él estaba total y completamente muerto.

Otra vez, cuando Cristo murió nada de Él quedó con vida. Es por esto que Dios necesita darles “vida a los muertos” (Romanos 4:17), y que, luego de que Jesús muriera, tuvo que ser “vivificado en espíritu” (1 Pedro 3:18). No fue Jesucristo quien se resucitó a sí mismo tampoco, sino que fue resucitado por el Espíritu del Padre (Romanos 8:11). Si el alma de Jesús hubiera estado viva aún, el Padre no habría tenido que resucitarlo por medio del Espíritu Santo, porque Él mismo podría haberlo hecho.

La Biblia enseña además que, para recibir la vida eterna, los humanos tienen que ser resucitados. Pablo explica este proceso: “Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual” (1 Corintios 15:42-44). Pero si ya tuviéramos vida eterna a través de un alma inmortal, entonces no habría necesidad de una resurrección.

Como dijimos antes, Jesús ha sido el primero en morir y resucitar a vida eterna y Pablo explica claramente que, a través su resurrección, “primicias de los que durmieron es hecho” (1 Corintios 15:20).

La idea antibíblica de que el alma de Cristo siguió viva mientras su cuerpo estuvo muerto es una falta de respeto a su sacrificio. La muerte de Jesús no fue una farsa. Cristo realmente murió por nuestros pecados y dejó de tener consciencia durante todo el tiempo que estuvo en la tumba.

Para más información acerca del alma, consulte nuestro artículo [“Alma inmortal: ¿qué es el alma?”](#).

El segundo aspecto de Mateo 12:39-40 que a menudo se malinterpreta es el tiempo que Jesús permaneció enterrado. Aunque Cristo dijo claramente que estaría en la tumba durante tres días y tres noches, actualmente la mayoría piensa que fue crucificado un viernes por la tarde y resucitó un domingo en la mañana —lo cual no concuerda con el período de tres días y tres noches profetizado por Jesús.

Contrario a lo que muchos piensan, estos tres días y tres noches bíblicos no fueron sólo una “expresión” usada por Cristo. Jesús no se refería a partes de tres días y tres noches, y aunque fuera así, tampoco hay partes de tres días y tres noches entre un viernes por la tarde y un domingo en la mañana.

La cronología que se ajusta a las Escrituras es que Cristo fue crucificado un miércoles, enterrado en la tarde de ese día y resucitado el sábado por la tarde. Para más detalles acerca de esto, consulte nuestro artículo “[¿Cómo se cuentan tres días y tres noches?](#)”.

Jesús, nuestro Sumo Sacerdote

Cuando hablamos de la descripción bíblica del Verbo, otro punto muy importante para tener en cuenta es su papel actual como nuestro Sumo Sacerdote. Uno de los grandes temas que el libro de Hebreos de hecho explica, es por qué Jesucristo es mucho mejor Sumo Sacerdote que los seres humanos que tuvieron este rol en el sacerdocio aarónico.

Veamos algunas razones por las cuales podemos confiar y tener esperanza en nuestro Sumo Sacerdote actual:

- **Jesús sabe lo que se siente ser humano.** Hemos visto varias escrituras que revelan que Jesús fue Dios en la carne. También se le llama “Hijo de Hombre” más de 80 veces en el Nuevo Testamento, recordándonos que Cristo fue *realmente* humano. En una de sus profecías, Isaías describe al Mesías como un “varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isaías 53:3), porque, siendo completamente humano, Jesús supo lo que era tener hambre, estar cansado y ser maltratado por otros.

Contradiendo una herejía que había surgido hacia fines del primer siglo —que Cristo realmente no era humano sino espiritual— Juan fue aún más enfático al decir: “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido *en carne*, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido *en carne*, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Juan 4:2-3; compare con 2 Juan 1:7; énfasis añadido).

Por haber sido Cristo completamente humano puede ser nuestro Sumo Sacerdote compasivo ahora. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:15-16).

- **Jesús dio su vida por nosotros.** Aunque éste es probablemente el aspecto mejor entendido de la vida de Jesús, es uno que pocas veces se considera desde el punto de vista de la familia divina. Debemos recordar que tan gran acto de expiación, como lo fue la muerte de Cristo, es un reflejo del amor que Dios el Padre y el Verbo sienten por la humanidad.

Dios el Padre estuvo dispuesto a mandar a “su Hijo unigénito” al mundo “para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17). El Verbo tuvo el valor para cumplir su misión: “estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

Cristo estuvo dispuesto a sufrir el terrible dolor de una crucifixión para pagar la pena de nuestros pecados (1 Corintios 15:3; 1 Pedro 2:24), y el Padre estuvo dispuesto a permitir que eso ocurriera (Mateo 27:46; Marcos 15:34).

- **Jesús es nuestro abogado para con el Padre.** Este concepto se explica en la primera epístola general de Juan, donde el apóstol escribe: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

La palabra griega aquí traducida como “abogado” es *parakletos*, cuyo significado se refiere a alguien “citado, llamado a acercarse... alguien que defiende la causa de otra persona ante un juez”; y, en este caso, a “Cristo en su exaltación a la diestra de Dios, pidiéndole al Padre por el perdón de nuestros pecados” (*Thayer’s Greek Definitions* [Definiciones griegas de Thayer]).

Tal como un abogado humano puede trabajar por nuestro bienestar, no sólo dándonos seguridad, sino también buscando lo mejor para nosotros, Cristo aboga por nosotros ante el Padre. Podemos ver este concepto en acción cuando Jesús nos enseña a orar dirigiéndonos al Padre, y también a concluir nuestras oraciones en su nombre (Mateo 6:9; Juan 15:16; 16:23).

- **Jesús es nuestro juez.** Algunas personas cometen el error de ver al Padre como un ser duro y rígido, y a Jesús como el que nos ama y nos protege del juicio inmisericorde del Padre. Pero la realidad es que “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Juan 5:22).

¿Por qué ha hecho esto el Padre? “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo; y también le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Juan 5:26-27).

Siendo Dios, el Padre es absolutamente recto y justo; y dado que Cristo es “el Hijo del Hombre”, Él es consciente de lo que significa ser humano. Obviamente, Dios el Padre considera que este argumento es suficiente para delegarle el juicio de los hombres a Jesús.

Jesús, Rey venidero

Si bien actualmente Jesucristo sirve en el cielo como nuestro Sumo Sacerdote, no permanecerá ahí para siempre. Él mismo les dijo a sus discípulos: “vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:3).

Varias escrituras nos permiten entender lo que Jesús va a hacer cuando regrese. Mateo 24:30 nos dice que Él, el Hijo del Hombre, regresará “sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria”, y cuando lo haga cumplirá las muchas profecías bíblicas que lo describen como “rey sobre toda la tierra” (Zacarías 14:9; compare con el versículo 17). Y Apocalipsis 20 revela que su reinado en la Tierra continuará por 1.000 años —un maravilloso período de paz y oportunidades comúnmente conocido como “[el Milenio](#)”.

El autor del libro de Hebreos explica además que Jesús vendrá una “segunda vez... para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28). Y durante su reinado en la Tierra, les dará a todos la oportunidad de aprender y vivir según los mandamientos de su Padre para que puedan recibir la vida eterna.

Éste sin duda será un tiempo emocionante, lleno de cambios maravillosos para todos los habitantes de la Tierra. Jesucristo a menudo les decía a sus discípulos que debían observar las señales del fin de esta era y su regreso. En el penúltimo versículo de la Biblia, Jesús nos dice a todos: “Ciertamente vengo en breve” (Apocalipsis 22:20).



Capítulo 3

¿Qué es el
Espíritu Santo?

Durante mucho tiempo ha sido un desafío para muchos tratar de definir qué es el Espíritu Santo. Según la explicación más popular acerca de la naturaleza de Dios (la Trinidad), el Espíritu Santo es una persona igual que Dios el Padre y el Hijo. Pero ¿qué dice la Biblia realmente?

Si bien entender la enseñanza bíblica acerca del Espíritu Santo es más complejo que aprender acerca de Dios el Padre o el Verbo, las Escrituras nos ofrecen una explicación clara si las estudiamos con una mente abierta y sin ninguna parcialidad por alguna teoría en particular. Como hemos visto, las ideas humanas acerca de Dios el Padre y el Hijo contradicen la enseñanza bíblica de que la familia divina está formada por dos seres espirituales distintos (1 Corintios 8:6).

Puesto que la Trinidad es la explicación más popular de la naturaleza de Dios, en este capítulo haremos un breve repaso histórico de cómo y por qué se originó esta doctrina. Primero veremos qué dice la Biblia acerca del Espíritu Santo, luego hablaremos de la Trinidad, y finalmente explicaremos algunas escrituras acerca del Espíritu Santo que a menudo se malinterpretan.

Sin embargo, antes de seguir adelante, cabe mencionar un punto que puede ayudarnos. Vimos anteriormente que la Biblia describe

al Padre y al Hijo como Dios (Juan 1:1, 18; 20:28; Romanos 9:5; Filipenses 2:6; Colosenses 2:9; Tito 2:13; Hebreos 1:8; 2 Pedro 1:1). Por otro lado, las Escrituras nunca se refieren al Espíritu Santo como Dios. Este simple hecho debería advertirnos que el Espíritu Santo no es una tercera persona en la Deidad.

¿Qué es el Espíritu Santo entonces? Veamos qué nos dice la Biblia.

El Espíritu de Dios en la creación

Cuando Dios creó los cielos y la Tierra, las Escrituras dicen que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2). Es decir, el Espíritu de Dios estuvo presente durante la preparación de la Tierra para el hombre. Pero fue Dios mismo quien dijo: “Sea la luz”, y es Él quien hizo todo el trabajo (vv. 3, 31).

Más tarde nos enteramos de que fue Cristo quien realmente creó todo por orden del Padre (Colosenses 1:16; Efesios 3:9). Pero lo importante para nosotros ahora es que Dios —no el Espíritu Santo— fue el responsable de diseñar y crear la Tierra. ¿Por qué Génesis usaría estas palabras si el Espíritu Santo fuera una tercera persona en la Divinidad? ¿Acaso el Espíritu Santo sólo observaba mientras Dios lo hacía todo?

Con base en su conocimiento del Antiguo Testamento, los judíos eruditos definen el Espíritu Santo como el poder de Dios, no como un miembro de la familia divina. Esta explicación es acertada porque la Biblia presenta repetidamente al Espíritu Santo como el poder de Dios, la fuerza por medio de la cual Él hace las cosas.

Es por medio de su Espíritu que Dios puede estar en todas partes al mismo tiempo (Salmo 139:7-10). Por lo tanto, el Espíritu es la presencia operativa e influencia de Dios.

Un Espíritu de poder

La definición del Espíritu Santo como el poder de Dios se confirma en varias escrituras más. El profeta Miqueas dijo que el Espíritu Santo fue el ímpetu que Dios le dio para cumplir su ministerio: “Mas yo estoy lleno de poder del Espíritu del Eterno” (Miqueas 3:8).

Dios el Padre hizo que María concibiera al Verbo (como el ser humano Jesucristo) a través del poder del Espíritu Santo (Lucas 1:31-32, 35). Si Dios fuera una trinidad, Jesucristo sería llamado “Hijo del Espíritu Santo” —el poder por el cual concibió María (Mateo 1:18). Pero Jesús nunca fue llamado el Hijo del Espíritu Santo en ninguna parte.

Jesús mismo también enseñó que el Espíritu Santo es el poder de Dios. Cuando les habló a sus discípulos acerca del Espíritu Santo que pronto recibirían, les dijo: “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de *poder desde lo alto*” (Lucas 24:49, énfasis añadido).

Pocos días antes de ascender al cielo, Jesús les recordó a sus discípulos: “recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). El Espíritu Santo les daría a los discípulos el poder necesario para llevar a cabo la comisión que Jesús les había encomendado.

A partir de entonces, los discípulos también comprendieron que el Espíritu Santo era el poder de Dios. Por eso Pedro dijo que era el Espíritu Santo lo que inspiraba a los profetas a predicar los mensajes de Dios (2 Pedro 1:21). Pablo explicó que su capacidad para hacer señales y prodigios provenía del “poder del Espíritu de Dios” (Romanos 15:18-19). En 2 Timoteo 1:7, Pablo además describe el Espíritu Santo como un espíritu “de poder, de amor y de dominio propio”.

Cuando una persona se arrepiente de sus pecados y se bautiza, puede recibir el Espíritu Santo a través de la imposición de manos. Así recibe el poder de Dios para ayudarle a vivir según sus instrucciones (Hechos 2:38; 19:6).

Cómo entendían el Espíritu Santo los cristianos del Nuevo Testamento

La manera en que los escritores del Nuevo Testamento hablaron acerca del Espíritu Santo puede decirnos mucho también. Numerosas referencias de esta parte de la Biblia indican claramente que el Espíritu Santo no es una persona.

1 Timoteo 4:14 y Hechos 10:45, por ejemplo, describen el Espíritu Santo como un don o regalo. Luego se le describe como algo que puede ser apagado (1 Tesalonicenses 5:19), algo que puede ser derramado (Hechos 2:17, 33) y algo en lo cual somos bautizados (Mateo 3:11). El Espíritu Santo además puede renovarnos (Tito 3:5) y debe ser avivado dentro de nosotros (2 Timoteo 1:6).

En lugar de presentarlo como una persona, el Nuevo Testamento compara al Espíritu Santo con el viento (Hechos 2:2), el fuego (v. 3), el agua (Juan 4:14, 7:37-39), el aceite (Salmos 45:7), una paloma (Mateo 3:16) y las “arras” (señal, garantía) de la vida eterna (2 Corintios 1:22; 5:5; Efesios 1:13-14). Otro punto importante es que Jesús siempre oró dirigiéndose al Padre, nunca al Espíritu Santo (Mateo 6:9; 11:25-27).

De la misma manera, Pablo, el escritor más prolífico del Nuevo Testamento, nunca dio indicios de creer en la Trinidad. Prueba de ello es que el saludo estándar (con pocas variaciones leves) de todas sus cartas es siempre: “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. El apóstol nunca menciona al Espíritu Santo en sus saluciones (vea Romanos 1:7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; Efesios 1:2; Filipenses 1:2; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1-2; 1 Timoteo 1:2; 2 Timoteo 1:2; Tito 1:4; Filemón 1:3), lo cual sería una falta de respeto si el Espíritu Santo fuera un miembro más de la Divinidad.

Como muchas otras personas en la Biblia, Pablo entendió que el Espíritu Santo era simplemente el poder de Dios —un poder que nos anima, nos estimula y nos inspira. Hablando acerca de su ministerio a la Iglesia en Roma dijo que “no osaría hablar sino de lo que Cristo ha hecho por medio de mí para la obediencia de los gentiles, con la palabra y con las obras, con potencia de señales y prodigios, *en el poder del Espíritu de Dios*; de manera que desde Jerusalén, y por los alrededores hasta Ilírico, todo lo he llenado del evangelio de Cristo” (Romanos 15:18-19, énfasis añadido).

Otra indicación de que el Espíritu Santo no es un ser de la familia divina se encuentra en Apocalipsis 21. Ahí leemos acerca de los cielos nuevos y nueva Tierra que albergarán “el tabernáculo de Dios con los hombres” (v. 3), y también a Cristo, el Cordero de Dios (v. 22), pero en ninguna parte se menciona al Espíritu Santo.

Para más información acerca de cómo los cristianos del primer siglo entendían el Espíritu Santo, vea nuestros artículos en línea “¿Qué es el Espíritu Santo?” y “¿Qué creían los apóstoles acerca de Dios?”.

Una breve historia de la Trinidad

Incluso los historiadores reconocen que la Trinidad nunca fue parte de las creencias de los judíos o de los cristianos del primer siglo. “Los judíos nunca entendieron el Espíritu como una persona, ni existe evidencia sólida de que algún escritor del Nuevo Testamento lo haya entendido así... Tanto en los sinópticos [los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas] como en Hechos, el Espíritu Santo generalmente se presenta como una fuerza o poder divino”, explica cándidamente el trinitario Edmund Fortman (*The Triune God* [El Dios trino], pp. 6, 15).

Asimismo, numerosas fuentes confirman que la Trinidad fue un concepto ideado por los teólogos y no una enseñanza bíblica. “Claramente, el Antiguo Testamento no describe al Espíritu de Dios como una persona... El Espíritu

de Dios es simplemente el poder de Dios. Si a veces se representa como un ser aparte de Dios, es porque el poder del Eterno actúa exteriormente... La mayoría de los textos del Nuevo Testamento revelan al Espíritu de Dios como algo, no alguien, y esto se evidencia especialmente en el paralelismo entre el espíritu y el poder de Dios” (*New Catholic Encyclopedia* [Nueva enciclopedia católica], Vol. 14, pp. 574-575).

En el siglo IV, Gregorio Nacianceno reconoció: “De nuestros hombres juiciosos, algunos ven al Espíritu Santo como una operación, otros como una criatura y otros como Dios; otros no pueden decidirse, ya que las Escrituras no son determinantes al respecto” (*Oratio 38: De Spiritu Sancto*). Además, el *Easton’s Bible Dictionary* [Diccionario bíblico de Easton] ratifica que la palabra Trinidad “no aparece en la Biblia” (“Trinity” [Trinidad]).

Nos enfrentamos entonces a una decisión: debemos elegir entre aceptar lo que Dios dice de sí mismo en su Palabra inspirada —la Biblia— o aceptar una explicación humana acerca del Espíritu Santo. Pero antes, recordemos que Jesucristo dijo que la Palabra de Dios es verdad (Juan 17:17). ¿No tiene sentido que Cristo supiera qué es verdad, y que la Biblia sea una mejor fuente de la verdad acerca de la familia divina que las ideas humanas?

En cuanto a cómo la Trinidad se introdujo en el cristianismo, el *New Bible Dictionary* [Nuevo diccionario bíblico] explica: “La palabra Trinidad no aparece en la Biblia, y aunque Tertuliano la utilizó en la última década del siglo II, este término no encontró cabida en la teología de la iglesia oficialmente sino *hasta el siglo IV*” (*Trinity* [Trinidad], énfasis añadido). Es decir, los líderes religiosos comenzaron a desarrollar la idea de que Dios es una trinidad sólo varios cientos de años después de que la Biblia se completara.

Reafirmando este relato, el *Oxford Companion to the Bible* [Complemento de la Biblia de Oxford] dice: “Siendo la Trinidad una parte tan importante de la doctrina cristiana posterior, es sorprendente que el término no aparezca en el Nuevo Testamento. De la misma manera, el concepto de tres seres iguales en la Divinidad, desarrollado en las *fórmulas doctrinales posteriores* no puede inferirse claramente a partir del canon” (Bruce Metzger y Michael Coogan, editores, p. 782, énfasis añadido).

¿Por qué los líderes de la iglesia desarrollaron una explicación nueva y antibíblica de la naturaleza de Dios?

Los esfuerzos para determinar quién es Dios comenzaron por una controversia surgida entre quienes decían seguir a Cristo. “Aproximadamente en el año

320, un gran fervor teológico se había apoderado de las iglesias en Egipto, Siria y Asia Menor... La controversia había sido encendida por Arrio... Él había propuesto un desafío que para su obispo, Alejandro, fue imposible ignorar y aún más imposible debatir: ¿cómo pudo Jesucristo haber sido Dios al mismo nivel que Dios el Padre? Arrio no estaba negando la divinidad de Cristo... pero argumentaba que era una blasfemia pensar que era divino por naturaleza” (Karen Armstrong, *A History of God* [Una historia acerca de Dios], p. 107).

Arrio era un hombre inteligente y un orador experto, pero tenía la idea equivocada de que Jesucristo fue un ser creado. Por esto, la iglesia romana eligió a un hombre llamado Atanasio —el ayudante de Alejandro— para rebatir esta falsa enseñanza que se estaba expandiendo en las iglesias.

Al resumir el debate, Karen Armstrong escribe: “O bien Cristo, el Verbo, pertenecía al ámbito divino (que era del exclusivo dominio de Dios) o pertenecía al frágil orden de lo creado” (p. 108). Arrio lo ponía en el orden de lo creado, Atanasio en el ámbito divino.

Fue en este contexto que la Trinidad surgió como un concepto filosófico que contradecía la idea de Arrio. Pero el concepto no tenía fundamento bíblico —era sólo una idea humana que la iglesia romana usó para rebatir la enseñanza herética de que Cristo fue creado y pertenecía a un plano inferior a Dios el Padre. Los trinitarios aún aseguran que algunos pasajes bíblicos avalan la doctrina de la Trinidad, pero analizaremos estas escrituras más adelante para descubrir si su aseveración es cierta.

La controversia arriana duró varios años. En respuesta, la doctrina de la Trinidad “se desarrolló gradualmente durante varios siglos y a través de muchas disputas... El Concilio de Nicea del año 325 d.C. estableció la fórmula fundamental de la doctrina en su postulado de que el Hijo es ‘de la misma sustancia [*homoousios*] que el Padre’, aunque se dijo muy poco acerca del Espíritu Santo. Durante el siguiente medio siglo, Atanasio defendió y refinó la fórmula niceana y, para fines del siglo IV... la doctrina de la Trinidad había tomado en gran medida la forma que mantiene hasta hoy” (*Enciclopedia Británica*, “Trinidad”).

Un punto interesante es que los líderes religiosos anteriores aceptaban la enseñanza bíblica de que el Padre y el Hijo conforman la familia divina. En el siglo II, el obispo Ireneo de hecho dijo: “Las Escrituras no llaman Dios sino al Padre de todos, al Hijo y a quienes poseen la adopción (*Against Heresies* [Contra las herejías], Libro 4, prefacio; compare con el Libro 3, c. 6).

Sin embargo, con el tiempo esta enseñanza bíblica fue remplazada por el modelo que identifica al Espíritu Santo como un tercer miembro de la Deidad. La historia demuestra que la doctrina de la Trinidad no se desarrolló sino hasta siglos después de que la Biblia se completara y los cristianos y apóstoles originales murieran. Lamentablemente, este falso concepto acerca de Dios ha silenciado la enseñanza bíblica de la familia divina hasta ahora.

Para más información acerca de cómo se originó la doctrina de la Trinidad, vea nuestro artículo en línea: [“La trinidad: ¿qué es?”](#).

Escrituras comúnmente malinterpretadas

Los defensores de las teorías más populares acerca de Dios dicen basar sus creencias en la Biblia y citan algunas escrituras para comprobar sus ideas. Pero, como veremos, estas supuestas pruebas no son pruebas en realidad.

¿Qué podemos decir de Mateo 28:19?

Antes de subir al cielo, Jesús les encomendó a sus discípulos: “id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Algunos asumen que esto prueba que el Espíritu Santo es una persona, pero si analizamos bien este pasaje, veremos que no es así.

La palabra griega traducida como “en” (“bautizándolos en el nombre”) en Mateo 28:19 es *eis*, que significa: “dentro de, al, hacia, para y entre” (*Thayer’s Greek-English Lexicon of the New Testament* [Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento de Thayer]). Esto tiene sentido considerando que cuando entramos a la familia de Dios por medio del bautismo “entramos en” o “nos movemos hacia” una fuerte conexión con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El libro de Hechos, más adelante, aclara que cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y somos bautizados, podemos recibir el Espíritu Santo por la imposición de manos de un ministro de Dios (Hechos 2:38; 19:6). A través de este proceso, Dios mismo nos da de su Espíritu (Hechos 8:14-17).

En otras palabras, este versículo no está hablando acerca de la naturaleza de Dios o el Espíritu Santo. Como McClintock y Strong explican en la *Cyclopedia of Biblical, Theological and Ecclesiastical Literature* [Enciclopedia de literatura bíblica, teológica y eclesiástica], Mateo 28:19 “sólo comprueba que se nombran tres sujetos... no comprueba por sí mismo que los tres poseen naturaleza divina e igual honor divino... Este texto por sí mismo no es una prueba decisiva de la personalidad de los tres seres mencionados, ni de su igualdad o divinidad” (Vol. X, p. 552).

Además de Mateo 28:19, existen escrituras similares que también se citan para

respaldar la Trinidad. Pero cuando las examinamos con cuidado, vemos que éstas sólo se refieren al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sin probar nada acerca de su naturaleza. Algunos ejemplos son Mateo 3:16-17, Gálatas 4:6, Romanos 15:30, Efesios 2:18 y 1 Pedro 1:2 y 3:18. Pero, el solo hecho de enumerar tres cosas no significa que las tres sean exactamente iguales o que formen una trinidad.

Para más información acerca de este pasaje, vea nuestro artículo en línea [“Mateo 28:19: ¿prueba de la Trinidad?”](#).

¿Qué podemos decir de 1 Juan 5:7-8?

En la versión *Reina Valera 1960*, estos versículos dicen: “Porque tres son los que dan testimonio *en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan*”. Sin embargo, las palabras marcadas en cursiva no aparecen en los manuscritos generalmente aceptados como originales del Nuevo Testamento. Muchos comentarios bíblicos, incluyendo el *New Bible Commentary* [Nuevo comentario de la Biblia], de hecho aclaran que éstas son palabras espurias insertadas.

El Dr. Neil Lightfoot explica que la evidencia textual se opone a este inserto espurio: “De todos los manuscritos griegos, sólo dos la contienen [la adición], y ambos son de data muy posterior, uno del siglo XIV o XV y el otro del siglo XVI. Otros dos manuscritos tienen este versículo escrito en el margen. Los cuatro manuscritos indican que el pasaje aparentemente fue traducido de una versión posterior de la Vulgata latina” (*How We Got the Bible* [Cómo obtuvimos la Biblia], pp. 100-101).

En *Notes on the Bible* [Notas de la Biblia], Albert Barnes concuerda en que esta inserción es espuria, y afirma que el pasaje “nunca es citado por los padres griegos en sus disputas acerca de la doctrina de la Trinidad —un pasaje que sería muy relevante y que no dejaría de citarse si fuera genuino”.

En cuanto al verdadero significado de 1 Juan 5:7-8, el apóstol Juan simplemente estaba ofreciendo una prueba de que Jesús era el Hijo de Dios (1 Juan 5:1, 5). (Para una explicación más detallada de la personificación literaria, vea “¿Por qué algunas escrituras personifican al Espíritu Santo?”, al final de este capítulo.)

El “agua” probablemente se refiere al bautismo de Jesús y al Espíritu Santo que bajó sobre Él en forma de paloma (Mateo 3:13-17). La “sangre”, a la sangre derramada de Cristo que pagó la pena de nuestros pecados (Mateo 26:28); y el “Espíritu”, al poder de Dios que Cristo vino a anunciar y que está dentro de aquellos que son bautizados (Hechos 2:38).

Si a partir de este pasaje quisiéramos concluir que el Espíritu Santo es una persona, para ser consistentes tendríamos que concluir que el agua y la sangre también lo son. Pero éste, por supuesto, no es el caso y 1 Juan 5:7-8 no comprueba que el Espíritu sea una persona en la Deidad.

¿Comprueba Hechos 5 que el Espíritu Santo es una tercera persona en la Deidad?

En este capítulo Pedro le dijo a Ananías que él y su esposa Safira le habían mentido al Espíritu Santo (v. 3). Luego añadió: “No has mentido a los hombres, sino a Dios” (v. 4). ¿Comprueba esto que Dios y el Espíritu Santo son lo mismo?

Lo claro es que Ananías y Safira le mintieron tanto al Espíritu Santo como a Dios. Sin embargo, esto no comprueba que el Espíritu sea una persona. Otra vez, el Espíritu Santo es el poder de Dios. La razón por la cual Pedro dijo que la pareja le había mentido a Dios es que mentirle a alguien con el Espíritu de Dios dentro de sí y que está actuando en nombre de Dios es lo mismo que mentirle a Dios directamente. En esa ocasión, Pedro estaba actuando como un agente o representante de Dios. Por lo tanto, mentirle a él era lo mismo que mentirle al Padre.

¿Comprueba la blasfemia contra el Espíritu Santo que éste es una persona?

En Mateo 12:31-32, Jesús dijo: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada. A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero”.

Algunos asumen erróneamente que estas palabras son prueba de que el Espíritu Santo es una persona. Pero la realidad es que nos encontramos ante una situación similar a la de Hechos 5.

El contexto de este pasaje es que algunos líderes judíos habían acusado a Cristo de echar fuera demonios por el poder de Satanás (Mateo 12:22-24). Jesús les explicó lo ilógico de su razonamiento, diciendo: “si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?” (v. 26). La explicación más lógica, obviamente, era que Cristo echaba fuera los demonios “por el Espíritu de Dios” (v. 28).

Pero, ¿por qué Jesús luego dijo que había perdón para quienes blasfemaran contra Él —“el Hijo de Dios”— mientras no para quienes lo hicieran contra el Espíritu Santo?

Al parecer, Cristo era consciente de que para la gente podía ser difícil entender que Él era Dios en la carne. Esto era algo que verían con el tiempo y de lo que eventualmente podrían arrepentirse. Pero, blasfemar contra el poder de Dios —el cual era evidente para todos, dado el dominio de Jesús sobre los demonios— era una ofensa directa contra Dios. Era algo que no se podía perdonar porque lo hacían con plena consciencia.

Al comentar acerca de Mateo 12:32, Albert Barnes explica: “No hay evidencia de que se refiere a la tercera persona de la Trinidad. El significado de todo el pasaje podría ser: ‘Quien blasfema contra mí como un hombre de Nazaret —que habla mal de mi origen humilde, etcétera— puede ser perdonado; pero quien censura mi naturaleza divina, acusándome de estar del lado de Satanás y blasfemando del poder de Dios que se manifiesta claramente “a través de mí”, nunca puede obtener perdón”’ (*Notes on the Bible* [Notas de la Biblia]).

Para más información acerca de la blasfemia contra el Espíritu, vea nuestro artículo en línea “[El pecado imperdonable: ¿cuál es?](#)”.

¿Por qué el Nuevo Testamento le asigna pronombres masculinos al Espíritu Santo?

Algunas personas piensan que el uso de pronombres masculinos para referirse a palabras relacionadas con el Espíritu Santo en el texto griego es prueba de que el Espíritu es una persona. Pero esto es una cuestión de gramática y traducción, no una enseñanza teológica acerca de la naturaleza del Espíritu Santo.

En muchos idiomas, tales como el español y el griego, los sustantivos necesariamente tienen género. Son gramaticalmente femeninos, masculinos o neutros, independientemente de que se refieran o no a seres vivos. Por ejemplo, en español *puerta* es un sustantivo femenino, y cuando uno se refiere a la puerta es apropiado referirse a *ella* utilizando el pronombre femenino.

Asimismo, una palabra griega comúnmente usada para referirse al Espíritu Santo, *parakletos*, es un sustantivo masculino que se traduce como “Conso-lador”, “Abogado” o “Defensor” en Juan 14-16 (consulte las versiones Reina Valera 1960 y Nueva Traducción Viviente). Por lo tanto, en griego es adecuado utilizar un pronombre masculino para referirse a *parakletos*.

Otra palabra griega que se utiliza para referirse al Espíritu Santo —*pneuma*— es en cambio neutra. Pero nuevamente, estos son asuntos gramaticales y de traducción, no de teología bíblica.

Para ampliar esta perspectiva gramatical, cabe mencionar que la palabra hebrea *ruach*, traducida como “espíritu”, “aliento” y “viento” en el Antiguo

Testamento, es femenina. Vemos entonces que los sustantivos griegos y hebreos para designar al Espíritu Santo en la Biblia son masculinos, femeninos y neutros. Pero este hecho no tiene nada que ver con el género del Espíritu Santo, ni significa que el Espíritu Santo sea una persona.

¿Por qué algunas escrituras personifican al Espíritu Santo?

En la Biblia existen varias escrituras que personifican al Espíritu Santo —lo describen como si fuera una persona. Tales referencias dicen que el Espíritu les dijo a los líderes de la Iglesia que enviaran a Pablo y Bernabé en un viaje misionero (Hechos 13:1-4), les prohibió a Pablo y Timoteo ir a Bitinia (Hechos 16:7), puede ser contristado (Efesios 4:30), guía a los cristianos fieles (Romanos 8:14), habló de las condiciones del tiempo del fin (1 Timoteo 4:1) y testifica que Jesús es el Hijo de Dios (1 Juan 5:6). Pero ¿comprueban estos pasajes que el Espíritu Santo es una persona similar al Padre y al Hijo?

En estos versículos, la Biblia utiliza una figura literaria llamada “personificación” o “antropomorfismo” para describir objetos inanimados. Otros ejemplos de esta figura que le atribuye a las cosas habilidades de los seres vivos están en Génesis 4:10, donde la sangre de Abel clama desde la tierra; Isaías 49:13 y 55:12, donde las montañas y los cerros cantan; Proverbios 1:20 y 8:1, donde la sabiduría habla; y Lucas 7:35, donde la sabiduría tiene hijos.

En dichos casos, es fácil comprender que la sangre, las montañas y la sabiduría no son seres vivos, son objetos inanimados a los que se personifica para añadir interés o énfasis al tema.

De la misma manera, dado que el Espíritu Santo es el poder de Dios (Lucas 24:49; Hechos 1:8) —la fuerza a través de la cual Dios obra y hace su voluntad con su pueblo— es entendible que los escritores del Nuevo Testamento hayan usado la técnica de la personificación para describirlo. Sin embargo, esto no contradice las muchas escrituras que describen al Espíritu Santo como el poder de Dios, ni comprueba que sea una persona.



Capítulo 4

El propósito de Dios
para la humanidad

Hasta ahora hemos analizado lo que Dios dice acerca de sí mismo tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Hemos estudiado pasajes claros acerca de Dios el Padre y el Hijo de Dios. Hemos examinado varias escrituras que a menudo se malinterpretan y hemos descubierto cómo los escritores de la Biblia y la Iglesia del primer siglo entendían el Espíritu Santo.

Pero Dios no registró todo esto como un ejercicio académico.

A partir de lo que hemos aprendido, es hora de enfocarnos en el propósito que Dios tuvo cuando creó al ser humano. Comprender lo que la Biblia dice acerca de nuestro potencial nos ayudará a entender mejor el carácter de Dios y nos dará una visión más completa del Creador. Como veremos, la razón de nuestra existencia es un tema que las explicaciones más populares acerca de Dios omiten o ignoran. Éstas son incapaces de explicar el maravilloso destino que Dios tiene para la toda humanidad.

El plan de Dios revelado en la creación

Durante la preparación de la Tierra para el hombre, Dios creó plantas y animales, cada uno “según su especie” (Génesis 1:11-12, 21, 24-25). Al ser humano, sin embargo, lo creó diferente. Lo creó a imagen de Dios.

Como explica el relato de Génesis: “creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”

(v. 27). El ser hecho a imagen de Dios y recibir dominio sobre “los peces del mar... las aves de los cielos... las bestias... toda la tierra, y... todo animal que se arrastra sobre la tierra” sin duda hizo al hombre diferente de todos los otros seres vivos que Dios creó sobre la Tierra (v. 26).

Por haber sido creados a imagen de Dios y tener dominio sobre la Tierra nos dieron la habilidad de comunicarnos, razonar, planear y gobernar el planeta de una forma que los animales no pueden. Los humanos tenemos la preeminencia en la creación de Dios desde el principio, y eso debería indicarnos que Dios tenía un propósito especial para nosotros.

Más adelante la Biblia nos revela que ese propósito especial era que los seres humanos llegaran a formar parte de la familia de Dios.

Creados para gobernar

Meditando en la creación de Dios y el lugar especial del ser humano en ella, el rey David escribió: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:3-4).

Luego David describe la exclusiva posición que Dios le dio a la humanidad, diciendo: “Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies: ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias del campo, las aves de los cielos y los peces del mar; todo cuanto pasa por los senderos del mar” (vv. 5-8).

¿Por qué favoreció tanto Dios al ser humano? ¿Por qué le dio dominio sobre toda la Tierra? Porque tiene un propósito para nosotros que excede por mucho al propósito del resto de su creación.

Al referirse a la reflexión de David, el libro de Hebreos añade: “Todo lo sujetaste [Dios] bajo sus pies [del hombre]. Porque en cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no sea sujeto a él; pero todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas” (Hebreos 2:8).

¿Qué más podría poner Dios bajo el dominio del hombre? ¿Sobre qué más está la humanidad destinada a gobernar?

Hebreos 2:7 explica que actualmente el estatus del ser humano es “menor que los ángeles”. Sin embargo, el plan de Dios es que eventualmente estemos sobre “todas las cosas” (v. 8), en tanto que los ángeles no tendrán dominio del “mundo venidero” (v. 5).

Jesucristo y los santos —quienes hayan permanecido fieles al llamamiento de Dios— reinarán sobre la Tierra cuando Él regrese (Apocalipsis 1:6; 2:26-27; 5:10) y, además de ayudar a Cristo a establecer el Reino de Dios en la Tierra, aparentemente los santos serán superiores a los ángeles (1 Corintios 6:2-3). ¡Sin duda, Dios tiene grandes planes para quienes se sometan a Él y a sus beneficiosas leyes y camino de vida!

Cómo llegamos a ser parte de la familia divina

Además de reinar con Cristo, el propósito final de Dios con los seres humanos es que lleguemos a ser parte de su familia eterna. Como vimos antes, Dios el Padre es el jefe de “toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:14-15).

El proceso comienza cuando el Padre nos abre la mente para comprender sus enseñanzas y su plan (Juan 6:44, 65), y luego nos acerca a Él por medio de su Hijo (Juan 3:17; 1 Juan 4:9). Para explicar la razón por la que el Verbo vino a la Tierra, Juan escribió: “[el Verbo] A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad *de ser hechos hijos de Dios*; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:11-13, énfasis añadido).

Este pasaje demuestra que la voluntad de Dios es que lleguemos a ser sus hijos. Pero esto no sucede automáticamente. Dios también espera algo de nosotros.

El proceso bíblico para responder al llamado de Dios es arrepentirnos de nuestros pecados, ser bautizados y recibir la imposición de manos para obtener el don del Espíritu Santo (Hechos 2:38; 19:6). El Espíritu Santo —el poder de Dios— nos ayuda a vivir de una forma agradable a Dios y nos identifica como alguien que le pertenece (Romanos 8:8-9).

Nuestra responsabilidad es usar el poder del Espíritu Santo para crecer en el “fruto del Espíritu” —para parecernos más a Dios— que es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). Descubra más en nuestra sección en línea “[El fruto del Espíritu](#)”.

Todo esto nos lleva a algo verdaderamente sorprendente. Pablo escribió en Romanos 8:14: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, *éstos son hijos de Dios*” (énfasis añadido). Aunque aún somos humanos, Dios dice que ya nos considera sus hijos, si nos dejamos guiar por su Espíritu. ¿Cómo es eso posible?

Pablo continúa: “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual

clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (vv. 15-16, compare con 2 Corintios 6:18; Gálatas 4:6; Hebreos 2:10-15).

Al reflexionar en el increíblemente afectuoso, generoso y misericordioso plan que Dios tiene para nosotros, esto debería recordarnos que fuimos creados a su imagen, e incluso después de que el pecado entró en el mundo, la humanidad sigue teniendo la imagen de Dios. Jesucristo, quien nunca pecó, lleva la imagen de Dios aún más (Colosenses 1:15; 2 Corintios 4:4; Hebreos 1:3) y es por eso que debemos esforzarnos por tener la mente de Cristo en nosotros (Filipenses 2:5). A medida que crecemos espiritualmente, nos conformamos a la imagen del Hijo (Romanos 8:29).

En síntesis, con la ayuda del Espíritu Santo en nosotros debemos esforzarnos por desarrollar las características de la familia de Dios. Este proceso implica comenzar a actuar como Dios actúa, pensar como Él piensa y hacer las cosas que Él hace —implica ser como Dios es. Tal como los hijos de una familia humana adquieren y exhiben las características de su familia, nosotros debemos adquirir y exhibir las características de la familia de Dios.

Ahora, volvamos a Romanos 8:14-16, donde Pablo nos dice que si tenemos el Espíritu de Dios y somos guiados por Él, Dios nos considera parte de su familia.

¿Por qué Dios hace esto? Porque Él “da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen” (Romanos 4:17). Él ve por adelantado adónde nos llevará el camino que hemos escogido. Si permanecemos fieles a Dios y no abortamos el proceso por negligencia o falta de arrepentimiento, llegaremos a ser parte de su familia a su debido tiempo.

Hablando acerca de nuestro propósito, el apóstol Juan escribió: “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:11-12).

Obviamente, por ahora seguimos siendo de carne y hueso. ¿Qué más sucederá cuando pasemos de la vida física a ser miembros con todos los derechos en la familia divina?

Glorificados como seres espirituales

En 2 Pedro 1:2, el apóstol habla acerca de la bendición de tener “el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús”, explicando que se nos han dado “preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la *naturaleza divina*” (v. 4, énfasis añadido).

El apóstol Juan, además, dice acerca de este maravilloso futuro que “cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2, énfasis añadido). El destino de quienes responden al llamado de Dios es eventualmente tener su misma naturaleza divina.

Esto significa que seremos transformados de nuestra existencia física a una espiritual —que llegaremos a ser seres espirituales y “traeremos también la imagen del celestial [Jesucristo]” (1 Corintios 15:49).

No seremos iguales a Dios en todo, claro. Él siempre será la cabeza suprema de su familia. Pero sí seremos elevados de este nivel humano de existencia al nivel de Dios.

Esta transición, pasar de carne y hueso a espíritu, ocurrirá cuando seamos resucitados (vueltos a la vida de la tumba) o bien, transformados si aún estamos vivos cuando Cristo regrese (1 Tesalonicenses 4:16-17; 1 Corintios 15:50-52). Sin duda, el rey David tenía la certeza de que esto sería lo que le ocurriría a él cuando resucitara de la tumba: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmos 17:15).

Y, en su explicación de cómo será esa transición de la vida física a la espiritual, el apóstol Pablo escribió: “[el cuerpo] Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, *resucitará en gloria*; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual... Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad” (1 Corintios 15:42-44, 53; énfasis añadido).

En este pasaje, Pablo también revela algo más acerca de nuestro futuro estado espiritual: no sólo seremos seres espirituales inmortales, sino que además seremos “glorificados”. Anticipando la gloria que recibirán aquellos que respondan al llamado de Dios después de ser resucitados, Daniel los describe como seres que “resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad” (Daniel 12:3).

Por impresionante que esto suene, la glorificación de los seres humanos fieles cuando sean transformados en espíritu es mencionada muchas veces en las Escrituras. Hebreos 2:10, por ejemplo, describe el ministerio de Cristo como uno que “[llevará] muchos hijos a la *gloria*” (énfasis añadido) y, más adelante, Pedro nos insta a permanecer fieles a Dios para que “cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros [recibáis] la *corona incorruptible de gloria*” (1 Pedro 5:4, énfasis añadido).

Como es de esperarse, Dios el Padre es el miembro de la familia divina que se encarga no sólo de nuestro llamamiento (Juan 6:44), sino también de nuestra glorificación. Pablo explica este punto cuando dice: “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también *glorificó*” (Romanos 8:28-30; énfasis añadido).

Estos versículos describen cómo el Padre y el Hijo llaman y trabajan con los seres humanos para que puedan entrar en la familia divina. Ya que todos los seres humanos fuimos creados a imagen de Dios, Él “quiere que todos los hombres sean salvos” y “no [quiere] que ninguno perezca” (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9). Ésa es la naturaleza de nuestro Creador y ése es su maravilloso plan para la humanidad.

Para más detalles acerca de esto, vea nuestros artículos “[¿Cómo llegar a ser un hijo de Dios?](#)” e “[Hijos de Dios](#)”.

¿Cómo debemos responder?

A lo largo de este folleto hemos visto cómo Dios se revela a sí mismo en la Biblia y cuál es su propósito para la humanidad. El plan de Dios es de amor y compasión y se llevará a cabo definitivamente. Como bien lo dijera una vez el salmista: “los planes del Señor quedan firmes para siempre; los designios de su mente son eternos” (Salmos 33:11, *Nueva Versión Internacional*).

Tal vez es por esto que Juan —el apóstol que tuvo una relación especial con Jesús y que nos dice tanto sobre la naturaleza de Dios en sus escritos— dice sencillamente que “Dios es amor” (1 Juan 4:8).

Nuestro Creador quiere que le respondamos con amor, así como Él demostró su amor por nosotros permitiendo que Cristo muriera por nuestros pecados, “siendo [nosotros] aún pecadores” (Romanos 5:8).

¿Cómo amamos a Dios?

El apóstol Juan nos responde: “este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). El primer paso es comenzar a guardar todos los mandamientos de Dios, incluyendo el que nos ordena descansar durante el sábado —el séptimo día de la semana.

Más adelante explica el apóstol Juan: “todo aquel que tiene esta esperanza en

él [de ser parte de la familia de Dios], se purifica a sí mismo, así como [Dios] es puro” (1 Juan 3:3). Y con el mismo concepto en mente, Pablo nos anima a andar “como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria” (1 Tesalonicenses 2:12).

Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y comenzamos a vivir según los mandamientos de Dios, Él está ahí para ayudarnos y animarnos, así como un padre humano anima cariñosamente a sus hijos. Además, los miembros de la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial, también estamos aquí para ayudarle en su esfuerzo por cumplir el propósito que Dios tiene para usted.

Le recomendamos comenzar o profundizar su relación con Dios leyendo el artículo “[Los Diez Mandamientos en la actualidad](#)” y los artículos relacionados, suscribiéndose a nuestra revista gratuita *Discernir*.

Tener conocimiento de Dios y de su plan para la humanidad no es muy útil si no respondemos a nuestro amoroso Creador. Como bien dice Santiago: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). Escuchar y saber no es suficiente. Tenemos que ser “hacedores” de la Palabra (Romanos 2:13; Santiago 1:22).

La Biblia dice claramente que Dios “pagará a cada uno conforme a sus obras” (Romanos 2:6). Luego, Pablo nombra sólo dos juicios posibles: “vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia” (vv. 7-8).

Nosotros en la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial, esperamos que usted sea de quienes se arrepienten y buscan el perdón y la ayuda de Dios —de quienes cambian su vida para recibir con gratitud la gloria, el honor y la inmortalidad como hijos del Padre. Háganos saber cómo podemos ayudarle.



Usted realmente puede experimentar la vida que Dios quiere que tenga — una vida llena de significado, satisfacción y gozo.

[Descargue este folleto gratuito](#)



Acerca de **VidaEsperanza y Verdad**

VidaEsperanza y Verdad.org existe para llenar un vacío crucial en este mundo: la falta de entendimiento acerca del propósito de vida, ¡la falta de una esperanza realista de un futuro mejor y la falta de verdad!

Ni la religión ni la ciencia han respondido satisfactoriamente estas preguntas, y las personas en la actualidad tienen opiniones divididas, están confundidas, o peor aún, ya ni siquiera les importa. Las antiguas palabras del profeta Isaías hoy suenan más ciertas que nunca: “La verdad tropezó en la plaza” (Isaías 59:14). ¿Por qué? ¿Acaso es porque Dios tenía la razón cuando advirtió que los seres humanos se inclinan a rechazarlo a Él y generalmente deciden no conocerlo?

Estamos aquí para las personas que están buscando respuestas, que están dispuestas a probar todas las cosas y que tienen el deseo de ir más allá del conocimiento que han recibido acerca de Dios, la Biblia, el significado de la vida y cómo vivir. Queremos ayudarles a entender verdaderamente las buenas noticias del evangelio y a cumplir la advertencia de Jesucristo de “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia”.

VidaEsperanza y Verdad.org es patrocinada por la Iglesia de Dios, una Asociación Mundial. Está respaldada por las generosas contribuciones de donadores y miembros de la Iglesia alrededor del mundo, que hacen posible que todo en este sitio sea gratuito, cumpliendo lo que Jesucristo dijo: “de gracia recibisteis, dad de gracia”. Usted nunca tendrá que pagar nada ni se verá económicamente obligado a nada en este sitio.

La Iglesia de Dios, una Asociación Mundial tiene congregaciones alrededor del mundo en más de 50 naciones, con sus oficinas principales en Estados Unidos, cerca de Dallas, Texas. Si desea saber más acerca de la Iglesia, puede visitar nuestro sitio **iddam.org**.

Descubra más acerca de nosotros:

Escríbanos a: **Info@iddam.org**

Encuéntrenos en Facebook: **VidaEsperanzaVerdad**

Síguenos en Twitter: **@VidaEsperanzaVerdad**

Búsquenos en Google+: **Vida, Esperanza & Verdad**

